

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA 1936-1939



- [1](#) EL ALZAMIENTO (1936)
- [2](#) REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN (1936)
- [3](#) PRIMERAS CAMPAÑAS (1936)
- [4](#) MADRID RESISTE (1936-37)
- [5](#) LA CAÍDA DEL NORTE (1937)
- [6](#) LAS CONTRAOFENSIVAS REPUBLICANAS (1937)
- [7](#) EVOLUCIÓN POLÍTICA REPUBLICANA (1936-37)
- [8](#) EVOLUCIÓN POLÍTICA FRANQUISTA (1936-37)
- [9](#) LA OFENSIVA DE ARAGÓN Y LEVANTE (1938)
- [10](#) EL EBRO (1938)
- [11](#) LA OCUPACIÓN DE CATALUÑA 1938-39
- [12](#) VICTORIA Y DERROTA 1939
- [13](#) EVOLUCIÓN POLÍTICA REPUBLICANA 1938-39
- [14](#) EVOLUCIÓN POLÍTICA FRANQUISTA 1938-39



EL ALZAMIENTO



El alzamiento militar, que daría paso a casi tres sangrientos años de guerra civil, se inició de improviso en Melilla el 17 de julio de 1936 pero para que éste se produjera, hizo falta la connivencia de grupos de presión político-económicos y la ayuda del Ejército. En esta sección, describiremos el alzamiento y como éste se convirtió, tras su fracaso, en un conflicto bélico de amplias proporciones.

El 17 de julio de 1936, los militares más conservadores del Ejército se levantaron contra el gobierno de la República. El alzamiento comenzó en Melilla antes de lo planeado. Pronto se extendió a Tetuán y a Ceuta, donde el coronel Juan Yagüe se apoderó de la ciudad sin disparar un solo tiro. Prácticamente todo el Marruecos español estaba en manos de los rebeldes antes de que Franco, procedente de las Canarias, se pusiera al mando de las tropas sublevadas. Al día siguiente, 18 de julio, el levantamiento se extendió a la Península.



Ese día, los principales levantamientos tuvieron lugar en Andalucía. En Sevilla, el general Gonzalo Queipo de Llano, que se hallaba accidentalmente en la ciudad, llevó a cabo un espectacular golpe de mano y con el apoyo de diversas formaciones militares y de la Guardia Civil, se hizo con el control de la ciudad y aplastó la resistencia obrera. También ese día las guarniciones de Cádiz se sublevaron, con los generales Enrique Varela y López Pinto al frente. En Córdoba, el gobernador militar consiguió la rendición de su colega civil. En Granada, el enfrentamiento quedó momentáneamente en tablas pero las autoridades no armaron al pueblo y dos días después la guarnición militar salió de sus cuarteles y ganó la ciudad para los rebeldes. En Jaén, por el contrario, el coronel al mando de la Guardia Civil se declaró leal a la República. En Málaga, la guarnición se sublevó pero ante las amenazas del gobierno de un bombardeo por parte de la escuadra leal, los sublevados depusieron las armas. También Almería y Huelva fueron ganadas para la República, aunque ésta última había quedado totalmente aislada, rodeada de territorio controlado por los rebeldes.

En Madrid, el 18 de julio, la sublevación aún no se había producido. Casares actuaba aún como si fuera posible detener el golpe por medios constitucionales pero los sindicatos y partidos de izquierda no dejaron de reclamarle ese día las armas que impedirían la intentona militar de la capital. El jefe de gobierno continuó negándose a proporcionarlas.

El 19 de julio, Barcelona, que hasta entonces había permanecido tranquila, dio el relevo a Andalucía en cuanto a la gravedad de la situación. El general Fernández Burriel tomó el mando de la sublevación en la capital catalana a la espera de la llegada de su verdadero jefe, el general Manuel Goded, desde Mallorca, de la que se había apoderado sin disparar un solo tiro el día anterior. El plan era que 5.000 soldados sublevados convergieran hacia el centro de la ciudad; suponían que así sería fácil dominarla. Pero los militares no tuvieron en cuenta la escasa respuesta que encontrarían por parte de la Guardia Civil y la de Asalto que ya habían sido convencidos por el comisario de Orden Público Federico Escofet de que apoyaran a la República. Además no habían contado con el entusiasmo del movimiento anarquista. Los anarquistas salieron a combatir a los rebeldes y se encontraron luchando hombro con hombro



Federico Escofet (en el centro) fue uno de los artífices del fracaso de Goded en Barcelona

junto a sus tradicionales enemigos, la Guardia Civil y de Asalto. Escofet, que había previsto con anticipación la táctica de los militares, lanzó al ataque a sus fuerzas entablándose una auténtica batalla en el cruce Diagonal-Passeig de Gràcia. Goded, que acababa de llegar de Mallorca, trató de convencer a la Guardia Civil de que se uniera a la sublevación pero su comandante en jefe le repitió constantemente que dicho cuerpo sólo obedecía órdenes de la Generalitat. Goded fue finalmente capturado y obligado a radiar un comunicado en el que pedía a sus partidarios que depusiesen las armas. La rendición de Goded dio nuevos ánimos a la resistencia republicana en el resto de España. Lo ocurrido en Barcelona fue crucial para el posterior desarrollo de la guerra. La rebelión derechista había creado un fervor revolucionario de resistencia. Los anarquistas de la CNT-FAI, que habían sido los principales responsables del fracaso de la sublevación en Barcelona, se convirtieron en los amos de la ciudad; el gobierno catalán había perdido toda autoridad.



Manifestaciones de júbilo popular en la madrileña Puerta del Sol tras el fracaso del levantamiento militar

A pesar del triunfo de Barcelona, en Madrid, ese 19 de julio, la situación aún era incierta. El nuevo jefe de gobierno, el republicano José Giral, que había accedido al cargo tras la dimisión de Casares Quiroga, accedió finalmente a repartir armas entre los partidos de izquierda y los sindicatos. Los izquierdistas recibieron 65.000 fusiles pero sólo 5.000 de ellos tenían cerrojo. Los 60.000 cerrojos restantes estaban en el Cuartel de la Montaña, en el centro de Madrid, pero cuando el gobierno trató de apoderarse de ellos, el coronel al mando del cuartel se negó e inició el alzamiento en Madrid. El general Joaquín Fanjul se puso al mando de las tropas sublevadas.

Pronto se inició el asedio del cuartel por parte de los partidarios de la República. En el interior, Fanjul confiaba en que se recibiera ayuda del exterior pero realmente estaba aislado y era imposible que llegara ningún refuerzo. Finalmente, el 20 de julio, la fortaleza fue bombardeada y la multitud penetró violentamente en el patio del cuartel donde se produjo una espantosa carnicería. Murieron varios centenares de defensores y atacantes, y los sublevados que se salvaron fueron enviados a la Cárcel Modelo; entre ellos estaba el general Fanjul, que sería poco después condenado y ejecutado por rebelión.

En el resto de España, el 19 de julio se produjeron victorias y derrotas para la República. En Oviedo, la ciudad parecía ganada para el gobierno pero el coronel Antonio Aranda convenció a los mineros para que abandonaran la ciudad en dirección a Madrid. Entonces, por la tarde, se declaró partidario de la rebelión. Pero todo el resto de Asturias era republicana y pronto se encontró aislado aunque pudo resistir el asedio de los mineros engañados. En Santander, la ciudad se mantuvo tranquila y leal a la República. En el País Vasco, Álava fue ganada para los rebeldes con la misma facilidad con que Vizcaya y Guipúzcoa se ganaron para la República. En Navarra, centro de la conspiración, monárquicos tradicionalistas y jóvenes fascistas se unieron a las tropas rebeldes; así lo hizo también la Guardia Civil. En todas las ciudades conservadoras de Castilla la Vieja (hoy Castilla y León), la rebelión triunfó aunque en Valladolid los falangistas y tropas sublevadas tuvieron que superar la resistencia obrera. En Aragón, Zaragoza, el feudo anarquista por excelencia, fue ganado por un rápido golpe de mano para la sublevación. En el resto de Aragón, Huesca y Teruel fueron dominadas con la misma facilidad. Así ocurrió también en La Rioja. En Extremadura, Cáceres y su provincia fueron dominadas por la rebelión pero Badajoz, gracias a la lealtad de su guarnición, se mantuvo republicana. En Valencia, en Murcia y en toda Castilla la Nueva (hoy Castilla - La Mancha), las unidades rebeldes vacilaron y pronto se vieron arrolladas por el ímpetu de los militares de izquierda, que junto a policías leales, aplastaron la rebelión. Sólo en Albacete se produjo un triunfo momentáneo de los sublevados al unírseles la Guardia Civil; en unos días, su propio aislamiento en territorio leal acabó rindiéndolos.

El 20 de julio, mientras Mallorca había sido asegurada para los rebeldes como ya se ha dicho, Menorca se declaró republicana. En Galicia, la lucha empezó también ese día. En La Coruña, los trabajadores se encontraban desarmados y los militares no tardaron en ganarse la ciudad para el alzamiento. La Falange local, con su dirigente Manuel Hedilla al frente, fue muy útil para el resultado final de la lucha. En Vigo y Ferrol, la situación se desarrolló por cauces parecidos pero en la base naval ferrolana, los marineros no acataron las órdenes de los oficiales sublevados y se inició una lucha cruel que acabó con la rendición y represión de los primeros.

El golpe militar, que pretendía dominar todo el territorio español, no alcanzó la rápida victoria esperada. Los sindicatos y partidos políticos de izquierda resistieron, el golpe se convirtió en una guerra civil y la resistencia en una revolución. También ese 20 de julio se produjo un acontecimiento importante. El general Sanjurjo, conspirador de 1932, que debía ponerse al frente de las tropas sublevadas, murió en un accidente aéreo cuando partía de su exilio de Lisboa. La muerte de Sanjurjo dejó un peligroso vacío en la dirección militar de los rebeldes. Las personas más destacadas de dicha dirección pasaron a ser Mola, Franco y Queipo de Llano.

El 21 de julio se podía ya trazar una línea aproximada que dividía las zonas donde había triunfado la rebelión de aquellas donde había fracasado (ver mapa). La rebelión fue derrotada en cinco de las siete principales ciudades de España. Las principales zonas industriales quedaron en poder de la República, pero las más vastas zonas agrícolas del país, apoyadas por campesinos conservadores, quedaron en manos de los rebeldes. La mitad del Ejército, casi toda la escuadra y dos tercios de las fuerzas aéreas españolas quedaron en poder de la República pero con los sublevados habían quedado las más numerosas y mejor entrenadas tropas del Ejército español, los 40.000 hombres que componían las tropas de regulares, moros y la Legión del Ejército de

África. El no poseer la escuadra, a pesar de ser un problema, pronto se demostraría que era menos grave de lo pensado, y el haber quedado con sólo un tercio de la aviación tampoco supuso problemas al estar formadas las fuerzas aéreas españolas por aparatos normalmente anticuados. Se habían creado dos Españas: la republicana del norte y una amplia zona del centro y este de España; los sublevados controlaban zonas del noroeste, centro y sudoeste de España. Se iniciaba así el conflicto entre izquierda y derecha que durante casi tres años había de devastar al país en cruenta lucha fratricida.



Situación de los frentes a principios de agosto de 1936

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

Tras el fracaso de la sublevación, los aparatos del Estado quedaron dislocados y el poder del gobierno republicano fue meramente nominal. Esto hizo posible la aplicación, por parte de las fuerzas sociales de izquierdas, de diversas medidas revolucionarias y represoras al amparo del vacío de poder. Por contra, en la zona dominada por los sublevados, la represión de dichas medidas y de aquellos que las seguían se convirtió en el objetivo prioritario. En esta sección, describiremos los principales procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios acaecidos durante los primeros y desenfundados días de la guerra civil.

REVOLUCIÓN EN LA ZONA REPUBLICANA

El fallido golpe de Estado planteado por algunos militares contra la República había dejado libre de cualquier control a las organizaciones obreras. La revolución se expandió en aquellos núcleos poblacionales donde el alzamiento había fracasado o no se había producido. En todos esos sitios, se crearon comités de control formalmente constituidos por los partidarios del Frente Popular junto a los anarquistas. Una de las primeras actuaciones de estos comités de control fue la prohibición de los partidos de derechas y la confiscación de los bienes de todos aquellos que de una forma u otra se hubieran opuesto a la República.



En los pueblos donde la República había triunfado se inició la revolución proletaria y campesina

En Madrid, la dirección de este movimiento revolucionario recayó en la socialista UGT que trabajaba en relativa armonía con la anarquista CNT. Detrás de la UGT, empezaba ya a dar muestras de un gran activismo político el PCE con un sistema propagandístico hábilmente elaborado. La división en el seno de PSOE les ayudó también a instalarse cada vez más en el seno de la sociedad republicana. Los socialistas estaban divididos ya antes de la guerra en tres ramas: la revolucionaria con Francisco Largo Caballero; la moderada con Indalecio Prieto como cabeza más visible; y la aún más moderada de Julián Besteiro, contraria a la guerra. Todas las industrias del Madrid republicano fueron requisadas y puestas en manos de comités de trabajadores. Se estableció un nuevo sistema de reparto de alimentos pagados con vales emitidos por los comités. El dinero quedó abolido, lo que conllevaría un cierto caos económico porque cada localidad tendía a emitir sus propios billetes locales aumentando en gran manera la masa monetaria en circulación.



La revolución se extendía por todo el territorio leal a la España republicana

El ejemplo más claro de la Revolución se encontraba en Barcelona. La capital catalana parecía el sueño dorado de cualquier anarquista. Después de combatir a la rebelión, la guerra les había proporcionado la oportunidad ideal de conseguir la libertad y justicia que soñaban y que según ellos, una república burguesa no podía proporcionar. Los anarquistas, a diferencia de lo que ocurría en Madrid, controlaban completamente Barcelona pero fieles a sus principios, se negaban a monopolizar el poder. En vez de eso, accedieron de buena gana a compartirlo en toda Cataluña dentro del Comité de Milicias Antifascistas. Este comité fue el encargado de restablecer el orden público, organizar la producción y distribución de alimentos y al mismo tiempo de crear un ejército de milicias para defender la revolución. Todas las grandes industrias de Barcelona pasaron a manos de la CNT. Lo mismo ocurriría con los servicios básicos de agua, gas y electricidad. Pero los anarquistas no eran los únicos integrantes de las fuerzas políticas al servicio de la República. La Generalitat, que como ya hemos dicho había quedado reducida a un gobierno sin autoridad, encontró en el PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya) un aliado frente al predominio anarquista. El PSUC era un

partido comunista afiliado al Komintern que pronto apoyó al gobierno de Lluís Companys con vistas a ejercer una mayor influencia en la política republicana. Otra fuerza a tener en cuenta era el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), partido revolucionario antiestalinista formado por ex comunistas catalanes.



Industria catalana colectivizada por la CNT-FAI en la Barcelona revolucionaria. La guerra había dado a los anarquistas el control de la economía

En las ciudades y campos de Castilla la Nueva, y la Extremadura y Andalucía republicana, el control lo ejercía también la UGT aunque los anarquistas pronto crearon numerosas colectividades agrarias fieles al ideario anarquista. La distribución de alimentos de esas colectividades pasaba por las manos del comité local. En la zona de Aragón controlada por la República, se aplicó por primera vez en la historia las prácticas del comunismo libertario, regulado por el Consejo de Aragón radicado en la población de Caspe. En Valencia, el éxito del

comité local de la CNT-UGT a la hora de combatir a los rebeldes les dio la autoridad. Pero Valencia era una ciudad más burguesa que Barcelona y se realizaron menos expropiaciones. En el resto del Levante, los anarquistas y los socialistas se disputaron el poder. Alcoy era anarquista, así como Xàtiva, Elche y Sagunto. Alzira y Elda eran socialistas.

En los territorios de la costa norte, aislados del resto de la España republicana, surgieron tres tipos de formas distintas de concebir la revolución. Una centrada en el País Vasco, otra en Santander y la última en Asturias. El País Vasco quedó sometido a un comité de defensa integrado por representantes del nacionalismo. Los anarquistas eran mirados con desconfianza por este comité que decretó la expropiación de los bienes de sólo aquellos que habían participado de alguna manera en la rebelión. Al mismo tiempo se hizo con el control de las principales industrias de la zona vasca. Sus relaciones con Madrid, aunque pasaron por diversos altibajos, fueron siempre de colaboración con la causa de la República, básicamente porque se hallaban convencidos de que sólo apoyando a este bando podían llegar a conseguir sus aspiraciones autonomistas. En Asturias y Santander, las relaciones entre la UGT, CNT y demás fuerzas republicanas tendió a estrecharse pero se hacía en falta una mayor cooperación entre ellas y la zona vasca. Belarmino Tomás, el dirigente revolucionario de 1934, fue nombrado gobernador de la provincia con poderes delegados en el gobierno central. Pero la táctica militar de estas regiones aisladas tendía a no ofrecer una única línea de actuación, lo que iba en perjuicio de su defensa.

La revolución se celebraba en toda la España republicana con inmenso júbilo, pero no sólo era júbilo, también era sangre, la sangre de sus enemigos. Primera en la lista, la Iglesia. La Iglesia fue atacada porque la religión se había convertido en una de las pasiones de la política española desde 1931. Para muchos revolucionarios, la Iglesia representaba el inmovilismo político, la enemiga de la libertad. También le echaban en cara su ostentación de riqueza y su tradicional apoyo en las clases dirigentes. La matanza de miembros de la Iglesia en Cataluña y Aragón fue enorme. Trece obispos y más de 6.000 monjas y sacerdotes fueron asesinados durante los primeros días del frenesí revolucionario. En ningún momento de la historia de Europa, incluso en la historia mundial, se había mostrado un odio tan desenfadado por la religión y sus obras. La guerra había actuado de válvula de escape para estos odios ya milenarios. Los crímenes anticlericales sirvieron para reforzar al mundo la imagen de una República roja y atea.



La República se mostró impotente para frenar la furia anticlerical de muchos milicianos

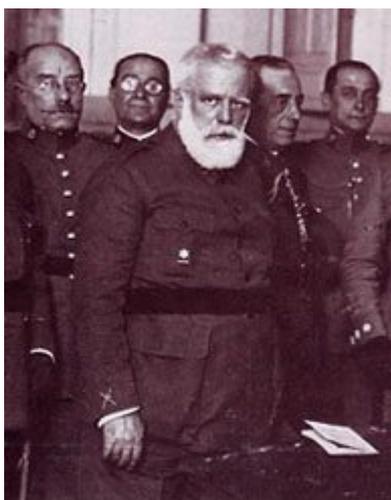
No sólo la Iglesia se vio afectada por la revolución. También entre diversas capas de la sociedad, la revolución se cobró su tributo en sangre. Haber sido miembro de la Falange era fatal en todas partes. En las ciudades, los representantes de la gran industria y de la banca fueron perseguidos y en muchos casos, asesinados. En las zonas rurales, la revolución vino acompa-

ñada de la confiscación de las tierras de los grandes terratenientes y su encarcelamiento o ejecución sumaria. Por ejemplo, en el Madrid republicano, muchas personas fueron ejecutadas en la Ciudad Universitaria al amparo del vacío de poder. La revolución había posibilitado que cada partido político creara sus propios comités de investigación que actuaban sin ninguna interferencia desde el gobierno central. Ante la impotencia de la policía y los tribunales, estos comités actuaron con total impunidad. Lo mismo ocurrió en mayor o menor medida en el resto de la zona controlada por la República en los primeros y desenfrenados días de la guerra civil.

CONTRARREVOLUCIÓN EN LA ZONA NACIONAL

En las zonas de la llamada España nacional, evidentemente el proceso era totalmente opuesto y lo primordial era reprimir la revolución mediante la contrarrevolución. Todos los partidos políticos que habían apoyado al Frente Popular quedaron prohibidos e incluso desaparecieron los partidos de derechas, incluida la CEDA. Los únicos grupos políticos activos pasaron a ser la Falange y el Carlismo pero totalmente supeditados a la autoridad militar.

Los sublevados habían desarticulado con su rebelión el Estado republicano y creado dos Españas. Era evidente que en “su España” era necesario la creación de un nuevo estado. Por ello, pocos días después del alzamiento, los militares constituyeron la Junta de Defensa Nacional, una especie de órgano provisional de gobierno. Se creó en Burgos el 24 de julio y su



El general Miguel Cabanellas presidió la Junta de Defensa creada tras el golpe militar

presidente fue el general Miguel Cabanellas. La Junta era un órgano colegiado en el que los militares exponían y decidían la actuación a seguir durante las primeras operaciones de la guerra. Al mismo tiempo, se ocupaba de la aplicación de medidas contrarrevolucionarias. Se decretaba la devolución de las tierras expropiadas, se declaraban ilegales todos los sindicatos y partidos del Frente Popular y la naturaleza laica del Estado republicano.

Pero la contrarrevolución también significaba venganza. Sus principales víctimas fueron todos aquellos representantes liberales o intelectuales de clase media y todos aquellos sectores sociales que de alguna u otra forma se habían resistido a la rebelión. Los gobernadores civiles o militares simpatizantes del Frente Popular fueron fusilados. La misma suerte corrieron aquellos que se habían declarado en huelga durante el inicio del alzamiento. La represión fue un acto político dirigido por aquellos militares que, viendo fracasado el golpe, se dispusieron a tratar de invertir la situación creada por el estallido de la guerra civil. Su cabeza principal, el

general Mola, razonaba así su actuación:

“Es necesario crear una atmósfera de terror, tenemos que causar una gran impresión. Todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado”.

Día a día, desde el momento en que la sublevación había tenido éxito en determinada localidad, las detenciones aumentaban. Las detenciones se realizaban normalmente por la noche y los fusilamientos, también al amparo de la oscuridad. Por poner un ejemplo, durante las primeras semanas, se llevaban a cabo los fusilamientos de 40 presos republicanos diarios en las afueras de Valladolid. Los autores de estas atrocidades solían ser la mayoría miembros del Ejército así como de la Guardia Civil. Siempre será difícil conocer con exactitud la cantidad de personas represaliadas durante los primeros días de la guerra civil. Muchas de las ejecuciones se realiza-

ban sin previo juicio y bajo las acusaciones de delatores que actuaban en la sombra. Los fusilamientos eran presentados por los militares como un problema de sanidad pública, parte de un proceso de depuración que había de liberar a España de las influencias de masonería, marxismo o judaísmo.

Una de las muertes más famosas de las producidas durante esos días en la zona nacional fue la del poeta Federico García Lorca. Lorca no tenía significación política alguna pero era de todos conocido su amplia relación con la izquierda literaria de España. Descubierto por las autoridades rebeldes de Granada escondido en casa de un amigo, fue posteriormente fusilado, probablemente a mediados de agosto, en las afueras de la ciudad. Al amparo de la represión, los militares tuvieron las manos libres para la creación de un nuevo estado libre de las “herejías” que se desarrollaban en la zona republicana.

Bajo estas crueles condiciones, la Falange se convertía en la última salvación para evitar la muerte. A la camisa azul de la Falange la llamaban “el salvavidas” porque bastaba llevarla puesta por la calle para evitar ser investigado y fusilado. Las calles de la España nacional solían ser recorridas por patrullas de falangistas que causaban el terror entre la población. Sin embargo, la Falange se encontraba desorganizada porque sus principales líderes políticos habían sido encarcelados o fusilados en la zona republicana.

Los nacionales encontraron un gran apoyo en la Iglesia española, a excepción de la vasca (ver La caída del norte). Pronto los sublevados encontraron un término adecuado a su relación con la Iglesia y la guerra civil. Identificaron la lucha armada con una “cruzada” salvadora de la fe y del espíritu de la España más tradicional y conservadora. La dirección principal de la Iglesia no tuvo ningún inconveniente en apoyar al nuevo estado, oponiéndose a lo que consideraban una república anticlerical y laica. No era realmente una forma de actuación muy correcta porque los postulados de la Iglesia no pretenden teóricamente anteponer los derechos de unos fieles sobre otros pero los ataques directos sufridos en la España republicana les convirtió en el principal sustento de la España nacional. Había, eso sí, eclesiásticos que se oponían a que los fusilamientos de disidentes republicanos se realizaran bajo el nombre de Dios y en defensa de la religión. Pero en su gran mayoría, la Iglesia tomó posiciones frente al bando republicano. Sólo el arzobispo de Tarragona, Vidal y Barraquer, y el obispo de Vitoria, Mateo Múgica, se mostraron contrarios a prestar su apoyo al alzamiento. Ambos tuvieron que salir de España para evitar ser detenidos. La nueva situación creada por el apoyo de la Iglesia al bando nacional hizo florecer un fervor religioso entre sus partidarios. Incluso miembros de la Falange, que hasta entonces no habían mostrado signo de religiosidad alguna, empezaron a ir a misa, a confesarse y a comulgar.



Multitud entusiasta saludando en Burgos al gobierno constituido tras el levantamiento del 18 de julio

El apoyo de la clase media y del campesinado conservador al nuevo movimiento también fue muy acusado. Los rebeldes necesitaban dinero para armar el nuevo estado. Los grupos sociales aludidos necesitaban la protección y el apoyo del nuevo estado frente a las conmociones revolucionarias. Se había establecido un vínculo estrecho entre militares, eclesiásticos, campesinos y burgueses. Los gobernadores militares locales tenían plenos poderes. La mayoría de los edificios públicos, locales y casas particulares de izquierdistas fueron requisados. Los salarios y los precios quedaron establecidos en los niveles de febrero de 1936 (más favorables a los patronos que los de julio). La contrarrevolución triunfaba en la zona nacional durante el primer año del “Movimiento”.

PRIMERAS CAMPAÑAS

Hacia el 22 de julio, ya se podía decir que en España había guerra, y no una simple rebelión y la resistencia contra ella. Las milicias de los sindicatos y los partidos empezaron a considerarse soldados al mismo nivel que la policía, la guardia de asalto o el ejército regular. Los generales del bando rebelde organizaron columnas según el modelo que habían utilizado durante las guerras de Marruecos para rematar la revolución.

Desde el bando sublevado, el general Mola, enfrentándose a una situación sin precedentes, trataba de organizar el esfuerzo bélico con todo lo disponible. En la zona sublevada del norte, controlada por su mando, debía convertir a la amalgama de fuerzas regulares, policía, grupos de voluntarios falangistas y requetés carlistas en una unidad de combate organizada. Pronto estuvo en disposición de ello dando a sus fuerzas el nombre de “nacionales”, término erróneo claro ésta, pero que les daba la apariencia de ser el único ejército legal de España luchando frente a un ejército extranjero. Las primeras operaciones de este ejército fueron el intento de socorrer la plaza de Guadalajara, situada al sur de sus posiciones, pero ésta ya había sido dominada por fuerzas afectas a la República. Otras columnas se dirigieron desde Valladolid a Madrid y contaban con un ilimitado entusiasmo, pero el entusiasmo no suplía la carencia de municiones y su avance quedó detenido en la sierra de Guadarrama. Por último, se desarrollaron operaciones en dirección a las provincias vascas y el frente de Aragón, de las que hablaremos más adelante.



Paisanos armados desfilan en Valladolid camino del frente

Por parte republicana, la desintegración del estado había creado los mismos problemas Louis-ticos que en la zona nacional. Era necesario la creación de un ejército disciplinado y efectivo pero aquí los problemas eran mucho más complicados. Cada partido político, cada sindicato, organizaba su propia milicia. Desde Barcelona, columnas de fervientes revolucionarios partían en coches, camiones, incluso autobuses, hacia la conquista de las ciudades de Aragón. Entre ellas se encontraban representantes del anarquismo, socialistas, milicias del POUM, comunistas y algunas fuerzas del extinto ejército regular y la policía. Sin embargo, la estructura y el mando militar de estas milicias tan heterogéneas no existía prácticamente. Cada milicia luchaba por sus propios objetivos. No es de extrañar que ante a un frente prácticamente indefenso, las milicias republicanas quedaran detenidas a pocos kilómetros de las tres capitales de Aragón. La dirección táctica era nula; los nacionales que defendían el frente, inferiores en número y peor

armados, contaban sin embargo con la disciplina y eficacia de un mando único por lo que obtenían una superioridad que no parecían tener sobre el papel.



Soldados desfilando en Barcelona movilizados hacia el frente de Aragón

En el centro, como ya se ha comentado, el avance de Mola había sido detenido en Guadarrama. Las batallas del Alto del León y Somosierra se libraban con una acusada escasez de medios pero con una ferocidad extraordinaria. Los republicanos jugaban con ventaja en estos encuentros porque la cercanía de Madrid les daba una superioridad logística clave para el mantenimiento de la defensa. Los combates aéreos fueron poco importantes porque aunque la República tenía superioridad aérea total, sus aparatos, la mayoría anticuados o inservibles, no inclinaban la balanza de modo decisivo a su causa. Las columnas que defendían Madrid habían sido organizadas como las de Barcelona; cada milicia obedecía las órdenes del partido o sindicato que las había creado. Pero ya empezaron a darse las primeras muestras de lo que posteriormente sería el Ejército Popular de la República representadas en la más famosa de las milicias republicanas que acudieron a la sierra. Era el llamado Quinto Regimiento, formado por el PCE y cuyo joven comandante en jefe era el comunista Enrique Castro Delgado. Sus inspiradores habían sido los comunistas David Ortega y Vittorio Vidali “Carlos Contreras”. Bajo esta organización, aparecerían algunos de los jefes militares más famosos de la guerra civil, Enrique Lister y Juan Modesto.

En el sur, la línea que dividía las dos Españas empezó pronto a alterarse. Desde su segura base de Sevilla, los miembros del Ejército de África, legionarios y regulares que habían sido transportados desde el Marruecos español, se prepararon para la lucha. En pocos días, Huelva y la zona entre Sevilla y Córdoba pasaron a manos de los nacionales. El rápido traspaso del Ejército de África a la Península se había realizado en aviones alemanes, lo que demostraba que la guerra civil española empezaba a mostrar signos evidentes de una internacionalización. Efectivamente, el 19 de julio, el general Franco realizó su primer intento de obtener ayuda de la Italia de Mussolini. Le pedía armas y cierto número de aviones. El gobierno italiano respondió favorablemente al llamamiento y envió 12 bombarderos, la primera ayuda extranjera a la guerra civil. Los motivos que llevaron a Mussolini a intervenir eran básicamente sus deseos de dominar el mar Mediterráneo, por eso quería que la entrada a ese mar desde el Atlántico estuviese dominada por un gobierno amigo. El 25 de julio, llegaron también a Berlín los emisarios enviados por Franco a Hitler. Tras una primera vacilación, Hitler accedió el 26 de julio a enviar, no sólo baterías antiaéreas y aviones de combate, sino un escuadrón completo de aviones de transporte Junker 52. Las razones esgrimidas por Hitler para apoyar al bando nacional eran básicamente sus temores de que un gobierno hostil dominara el estrecho de Gibraltar ante el

conflicto mundial que se avecinaba. Estos aviones fueron, pues, los principales responsables de rápido desplazamiento de las tropas del Ejército de África a la Península.



Legionarios del Ejército de Africa embarcan en aviones Junker 52 que Alemania ha proporcionado a los rebeldes

Por parte republicana también se establecieron contactos análogos con las potencias democráticas europeas. En Francia, la III República francesa se identificaba lógicamente con su homóloga española. Su jefe de gobierno era León Blum, que había accedido al poder con una coalición de partidos de izquierdas representantes también del llamado Frente Popular. Blum se trasladó a Londres para tratar la cuestión española pero antes de emprender la marcha inició el envío de armas a la España republicana. En Londres, el gobierno británico le mostró su preocupación. Su primer ministro, el conservador Stanley Baldwin, se mostró reacio a apoyar a alguno de los dos bandos de la guerra civil. Quería ante todo evitar que la guerra española se convirtiera en un conflicto mundial. Blum marchó de Londres con las manos vacías y al llegar a Francia, se encontró con la fuerte oposición a la política de su gobierno. Incluso su propio partido se dividió entre partidarios de una ayuda clara y decidida hacia la República y aquellos que le llamaban belicista. Así que Blum anuló las ventas de armas a España y formuló una nueva política: el Comité de No Intervención. Pronto Gran Bretaña, Italia y Alemania respondieron favorablemente al llamamiento.

El Comité de No Intervención fue un duro golpe para la República. Legalmente, cualquier gobierno legítimo europeo podía comprar todo tipo de armas en el extranjero pero las compras de la República quedaban anuladas bajo la No Intervención. El comité se convirtió en una argucia diplomática que servía para aislar individualmente la creciente actuación de los países europeos en el conflicto español. La actuación de los Estados Unidos también fue bastante ambigua con el conflicto español. En 1936, los Estados Unidos aún no desempeñaban el papel decisivo que la historia posterior les había de guardar. Aún se encontraban en su lejano aislamiento pero ello no fue un impedimento para que una de sus principales compañías petrolíferas, la TEXACO, abasteciera al bando nacional.



Desde primeros de noviembre de 1936 hasta el final del conflicto, Madrid fue frente de guerra. Hasta entonces, la efectividad en combate de las milicias republicanas se había revelado nula; nada hacía pensar que la capital, defendida por estas mismas milicias, opondría una fuerte resistencia. Pero desde agosto, el bando republicano empezó a contar con la ayuda creciente de la Unión Soviética, ayuda que llegó justo a tiempo para defender Madrid.

Con el episodio del Alcázar resuelto favorablemente a favor del ejército nacional, Franco pasó a iniciar la ofensiva final sobre Madrid. Sus fuerzas de élite (el Ejército de Africa con 10.000 hombres, apoyados por otros 15.000 compuestos en su mayoría por falangistas, requetés y regulares) pretendían conquistar una ciudad de más de 1.000.000 de habitantes generalmente hostiles. El nuevo jefe de gobierno, Francisco Largo Caballero, en el poder ya dos meses, confiaba en que la ayuda soviética sería de gran ayuda para detener la ofensiva nacional. Desde septiembre, no dejó de anunciar que la República pronto estaría en condiciones de combatir con las mismas armas a los rebeldes.



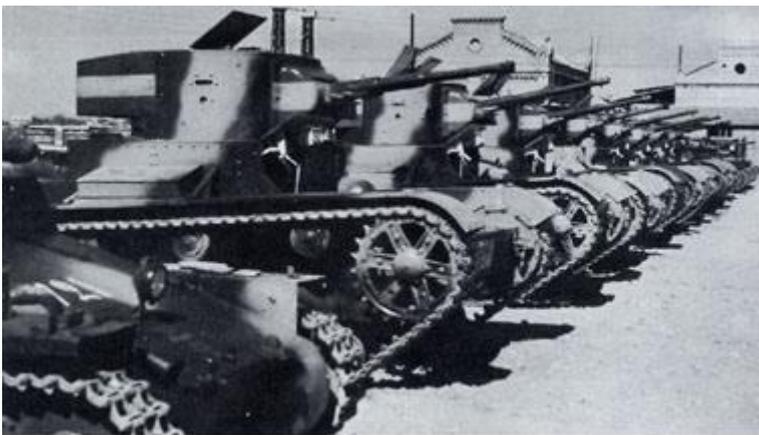
Fuerzas nacionales avanzan hacia Madrid

Por ello, y con el fin de alcanzar la eficacia prometida, decretó el fin de la independencia orgánica de las milicias y las subordinó a un Estado Mayor Central como embrión del futuro Ejército Popular de la República compuesto por las llamadas “brigadas mixtas”, unidad básica compuesta por tres batallones. También confió en el sistema de comisarios políticos ya instaurado en la más famosa y efectiva milicia republicana nacida tras el estallido de la guerra, el 5º Regimiento, de inspiración comunista, que sirvió en gran medida para aumentar su prestigio e influencia entre los republicanos.

Con los ecos de la batalla que se avecinaba, el gobierno republicano decidió trasladarse a una ciudad que ofreciera mayor seguridad. Se decidió que esta ciudad fuera Valencia; Madrid quedó sometida a una Junta de Defensa y con un comandante en jefe nombrado por la República, el

general José Miaja. Miaja se preparó para una defensa encarnizada y desesperada en las calles de la capital. Afortunadamente para él y para toda la España republicana, la ayuda soviética enviada en grandes cantidades a partir de octubre estaba empezando a inclinar la balanza a favor de la República. Desde la lejana Odessa, en el Mar Negro, buques de transporte rusos empezaron a fondear en los principales puertos de la España republicana, principalmente Barcelona y Valencia. Sus bodegas iban cargadas de tanques, aviones y material bélico de todas clases; también instructores y comisarios políticos. Con la ayuda material llegaba también la influencia política. La aviación fue reforzada con los Polikarpov I-15 “Chato” e I-16 “Mosca” que eran superiores a sus equivalentes alemanes e italianos, principalmente Heinkel He-51 y Fiat CR-32. Los tanques recibían el nombre de T-26, pesaban 10 toneladas y también eran superiores al Fiat-Ansaldo italiano y Mark I alemán, suministrados al ejército nacional. Pero la llegada de material de guerra ruso no era gratis. El 25 de octubre de 1936, el ministro de Hacienda Juan Negrín, llamado en un futuro a ocupar las más altas esferas de la política republicana, tuvo que autorizar el envío de gran parte de la reserva de oro española alojada en el Banco de España hacía Moscú como primer pago del material recibido. Stalin comentó socarronamente a uno de sus colaboradores cuando el oro llegó a Rusia:

“Así como un hombre nunca puede verse sus propias orejas, lo mismo les ocurrirá a los españoles con el oro enviado a Rusia”.



Regimiento de tanques soviéticos T-26, la República ha recibido las primeras armas rusas y se prepara para la defensa de Madrid

Entretanto, Madrid se preparaba para la defensa bajo un halo propagandístico capaz de despertar en el pueblo los más acusados instintos de defensa a ultranza. El gobierno anunció que tenían los medios necesarios para el triunfo: la llegada de las armas soviéticas era ya una realidad. Entre el bando nacional, la moral seguía alta. El general Mola anunció que tomaría el café en Madrid y al preguntarle un periodista extranjero cuál de sus cuatro columnas sería la primera en tomar Madrid, el general le respondió que sería la quinta columna, es decir, la de los partidarios de los nacionales que habían quedado escondidos en la capital. Estas imprudentes palabras sólo sirvieron para aumentar los asesinatos políticos en la zona republicana, como ya veremos.

La ofensiva nacional dio por fin comienzo. En principio, la resistencia republicana en las afueras de Madrid fue vencida. El 4 de noviembre, cayó Getafe. A partir del 8, se reanudó el avance. Pero el día anterior, la República se vio favorecida por un increíble golpe de suerte. En el interior de un tanque italiano que tomaba parte en la ofensiva sobre Madrid, los milicianos republicanos encontraron una copia exacta del plan general de batalla del ejército nacional para la conquista de Madrid. El plan fue inmediatamente enviado al general Miaja que con ayuda de su jefe de Estado Mayor, teniente coronel Vicente Rojo, dispuso la efectiva coordinación de la defensa en función de la detallada información del plan capturado.

En el propio Madrid, se estaban desarrollando escenas de auténtico fervor revolucionario. Todo el mundo participaba en la defensa. El grito de "¡No pasarán!" se convirtió en el lema de todos los madrileños y por supuesto de toda la España republicana. Además, la defensa de Madrid coincidió con un de los hechos más románticos producidos durante la guerra y probablemente único entre todos los conflictos que asolaron el mundo durante el siglo XX: la formación de las Brigadas Internacionales. Su inspiración fue también obra de los comunistas del Komintern, órgano creado en 1921 tras la III Internacional. Durante toda la guerra llegarían a sumar un total de 40.000 hombres, todos voluntarios venidos de todas partes. La mayoría eran jóvenes y tenían un sentimiento común, derrotar al fascismo ayudando a la República española frente a los rebeldes. No es de extrañar, por tanto, que entre estos hubiesen también italianos y alemanes de izquierdas, exiliados de sus respectivos países. La oficina central de reclutamiento de las Brigadas Internacionales se encontraba en París. Pronto se creó en la España republicana la base de adiestramiento de todos estos voluntarios que quedó fijada en Albacete. El mando de la base se confió a los comunistas André Marty (comandante en jefe), Luigi Longo "Gallo" (inspector general) y Giuseppe di Vittorio "Nicoletti" (jefe de los comisarios políticos). Tres batallones formaron la primera brigada mixta encuadrada en el Ejército Popular: la 11ª Brigada. El 6 de noviembre de 1936, esta unidad ya estaba en marcha para ocupar su puesto en el frente defendido por la República. El 13 de noviembre ya había otra brigada, la 12ª Internacional, dispuesta en el frente de defensa. El ejemplo de las Brigadas Internacionales, único en su género, aumentó aún más los deseos de defensa de una población madrileña ya de por sí bastante concienciada.

Al mismo tiempo, en el interior de la capital, empezaban los asesinatos políticos. Bajo un clima generalizado de temor ante la más que posible toma de la capital y ante la falta de una autoridad política (recordemos la huida del gobierno republicano a Valencia), la Junta de Defensa accedió a sacar de sus cárceles a más de 5.000 presos políticos simpatizantes de la causa nacional en previsión de un próximo traslado a Valencia. Pero entre el 7 y 8 de noviembre, casi 2.000 de ellos fueron trasladados hasta Paracuellos del Jarama y Torrejón de Ardoz siendo fusilados y enterrados en fosas comunes. Durante todo el mes y hasta el 4 de diciembre, siguieron produciéndose fusilamientos. Hasta entonces la cifra había aumentado a alrededor de 2.700 (los nacionales aducirían después de la guerra que habían sido casi 9.000 los ajusticiados). Entre los principales responsables de la matanza, no parece alejado de la realidad achacar sus muertes a los aparatos policiales bajo control comunista y a los dirigentes Manuel Muñoz (director general de Seguridad), Santiago Carrillo (consejero de Orden Público) y Segundo Serrano (delegado de la Dirección General de Seguridad). Son muchas las sombras que aún rodean este triste episodio.

Pero la batalla de Madrid no había hecho más que empezar. El 6 de noviembre, el avance nacional quedó detenido en el cerro Garabitas, una pequeña elevación próxima al río Manzanares que dominaba la Casa de Campo. En dicho sector se produjo el bautismo de fuego de la 11ª Brigada Internacional. El 12 de noviembre, también entró en combate la 12ª Brigada Internacional desde la carretera Madrid-Valencia. También se sumó a la defensa la columna del líder anarquista Buenaventura Durruti, recién llegada de Aragón. Miaja accedió a que realizaran un contraataque en la Casa de Campo pero este fracasó. Durruti, furioso, prometió un nuevo ataque para el día siguiente pero entonces los nacionales decidieron avanzar y algunas de sus unidades alcanzaron el río e incluso lo vadearon. Su sorpresa fue mayúscula al darse cuenta de que el sector se encontraba indefenso por un error en el relevo de las columnas anarquistas en el frente. El error fue parcialmente subsanado el 15 de noviembre con el envío de la 11ª Brigada Internacional que trabó violento combate en la Ciudad Universitaria que los nacionales habían ocupado casi en su totalidad. El 19 de noviembre, Durruti fue mortalmente herido en dicho sector y murió al día siguiente. Se ha especulado mucho sobre su muerte pero aún hoy es un

misterio establecer cómo murió Durruti. Su muerte señaló el final de la época clásica del anarquismo español; a partir de entonces vino la decadencia.

La batalla de la Ciudad Universitaria se prolongó hasta el 23 de noviembre; ahora los dos ejércitos, exhaustos y sin reservas, se dedicaron a fortificarse en sus posiciones. Ese mismo día,



Cartel de
propaganda
de la Legión
Cónдор alemana

los gobiernos de Italia y Alemania reconocieron al gobierno de Franco como el gobierno legítimo de España. Franco, al darse cuenta de cómo había subestimado la defensa de la capital, decidió bombardearla para minar su resistencia. Los oficiales alemanes de la Legión Cónдор (fuerza de aviación enviada desde Alemania) se mostraron encantados con la nueva medida. Madrid empezó a sufrir bombardeos constantes y a diario. Pocos años más tarde habría de repetirse el ejemplo de Madrid en las principales ciudades europeas, pero hasta la fecha ninguna ciudad sufrió lo que sufriría el Madrid bombardeado de la guerra.

Tras un parón en las operaciones, el 13 de diciembre de 1936, los nacionales abandonaron la idea de un ataque frontal sobre Madrid y trataron de rodear la ciudad por el norte. La batalla tenía por objetivo la conquista de la carretera Madrid-La Coruña, arteria importante en el traslado y movilidad de las fuerzas republicanas. Un primer intento finalizó tras un avance de ocho kilómetros y la conquista de Boadilla y Villanueva de la Cañada con la decidida defensa republicana. Después de Navidad, los nacionales volvieron a intentarlo. El 3 de enero, atacaron y conquistaron Rozas; el 5 de enero, tras un bombardeo y la actuación de los tanques y la

artillería ligera, seguidos de más tanques y la infantería, cayó Pozuelo. El frente republicano se rompió en algunos puntos y los observadores alemanes sacaron algunas interesantes conclusiones de esta “Blitzkrieg” (guerra relámpago) a pequeña escala. La República envió a la 14^o Brigada Internacional, de reciente constitución, para taponar la brecha. El 9 de enero, a costa de grandes pérdidas, los nacionales alcanzaron la ansiada carretera, pero a partir del 15 de enero, les fue imposible seguir avanzando. La República había impedido el aislamiento de la Sierra de Guadarrama por lo que el resultado de la batalla se puede considerar nulo.

El año de 1937, nacía, pues, con un más que previsible alargamiento de la guerra. Durante la primavera, la situación internacional permaneció estable. Las conversaciones en el llamado Comité de No Intervención se mostraron totalmente inútiles porque todos los países implicados en ella seguían enviando ayuda material constante a España. El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Joachim Von Ribbentrop, comentó irónicamente que tal vez el verdadero nombre de este organismo debía ser el de “Comité de Intervención”. Los hechos parecían darle la razón porque a partir de febrero de 1936, Franco decidió tomar la importante plaza de Málaga en el sector de Andalucía con ayuda italiana. Republicana desde el inicio de la guerra, Málaga había quedado, sin embargo, parcialmente aislada por el dominio nacional de Granada. Franco accedió a que el cuerpo de tropas enviado por Mussolini, el CTV (Corpo di Troppe Volontario), tomara parte activa en la ofensiva. Fue una victoria fácil; frente a 12.000 republicanos insuficientemente armados y con una moral muy baja, las fuerzas italianas, provistas de tanques, iniciaron un verdadero paseo militar ante una escasa o nula resistencia. El 7 de febrero, ya habían tomado la capital. La victoria de Málaga recortó la longitud del frente andaluz y permitió a los nacionales apoderarse de una base desde la que ejercer un más férreo bloqueo de la costa republicana. Los italianos sacaron conclusiones erróneas de este paseo militar, como ya veremos.

batallón “Garibaldi”. Los italianos lucharon ese día su particular guerra civil. Más al oeste, los italianos fascistas tomaron Trijueque; su conquista más alejada de toda la batalla. Pero el 12, Líster, con fuerzas acorazadas, contraatacó, y los italianos, con la posición demasiado expuesta, tuvieron que iniciar la retirada. Muchos se rindieron, y el general Roatta se vio obligado a lanzar a la lucha a sus divisiones de reserva; con esta maniobra daba a entender que la batalla de Guadalajara ya no cumpliría los objetivos previstos. Sus reservas fueron nuevamente rechazadas y el 18 de marzo, la República se lanzó a la ofensiva, reconquistó Brihuega y el frente italiano se convirtió en una retirada desordenada.



Avance italiano hacia Guadalajara llevado a cabo con tanquetas Fiat-Ansaldo, muy inferiores a los tanques T-26 del ejército republicano

La batalla había finalizado. Los italianos tuvieron unos 3.000 muertos y la República, unos 2.000. Fue un ejemplo claro de cómo no debe hacerse un ataque mecanizado; los italianos carecían de reservas sólidas de combustible y el apoyo aéreo y antiaéreo dejó mucho que desear. Fue irónico ver como Franco y su Estado Mayor no acogieron mal la noticia de la derrota italiana en Guadalajara pues hasta entonces los italianos, tan presuntuosos desde lo de Málaga, parecían dárselas de ser los únicos entendidos en materia militar. La batalla de Guadalajara fue la última en los alrededores de Madrid. A partir de entonces y hasta el final de la guerra, el frente sólo se movería levemente ante los contraataques republicanos. Franco, consciente de la hasta el momento imposibilidad de cercar la capital, decidió cambiar de objetivos y concentrarse en el frente norte. La República había ganado momentáneamente la partida.



LA CAÍDA DEL NORTE



Entre abril y septiembre de 1937, los rebeldes cambiaron la estrategia. Hasta entonces Madrid había constituido el objetivo prioritario pero tras el fracaso de las ofensivas para conquistarla, el Alto Mando Nacional decidió iniciar la campaña del Norte que preveía la conquista de las provincias de Bilbao, Santander y Asturias.



Requetés abriendo fuego durante la campaña del norte

El 22 de marzo de 1937, el general Franco desistió definitivamente en su empeño de conquistar Madrid. La prioridad pasaría ahora al ejército del norte al mando del general Mola. Este ejército aspiraba a la conquista de la zona norte republicana. Para conseguirlo, se apoyaba en su división de élite, la división Navarra, formada por 4 brigadas con un total de 18.000 hombres. Al mismo tiempo recibía la ayuda de la brigada de “Flechas Negras” compuesta por 8.000 españoles al mando de oficiales italianos. El dominio aéreo fue garantizado por aviones italianos y alemanes y el bloqueo por mar, por la escuadra nacional con el crucero “Canarias” al frente.

El 31 de marzo, se inició la ofensiva. El ejército republicano del norte estaba al mando del general Llano de la Encomienda. En el primer frente a defender, el del País Vasco, los republicanos contaban con alrededor de 30.000 “gudaris” (nacionalistas vascos) y una mezcla de socialistas, comunistas, anarquistas y republicanos. Estas fuerzas carecían de tanques, de piezas de



Vista aérea de la villa de Gernika después del cruel bombardeo. Gernika se convirtió en un símbolo de la barbarie de la guerra

artillería y de un apoyo aéreo efectivo. Ese día, bombarderos alemanes Junker 52 iniciaron el bombardeo del pueblo de Durango. Durango fue la primera población indefensa bombardeada de Europa; hoy en día este hecho permanece prácticamente en el olvido porque tan sólo unos días después Gernika acapararía toda la atención internacional. El 4 de abril, los nacionales ya habían tomado Ochandiano y sus principales alturas. Mola impuso una primera detención en su ofensiva pero el 20 de abril, reanudó el avance. Para el día 26, el avance nacional se había llevado a cabo de manera regular; la defensa republicana estaba al borde del colapso y entonces llegaron noticias de Gernika.

El 26 de abril de 1937, la población, con su famoso roble símbolo de las libertades vascas, fue bombardeada hasta la saciedad por un grupo de unos 40 aviones de la Legión Cóndor alemana y algunos italianos. Un total de unas 50 toneladas de bombas incendiarias fueron arrojadas sobre el centro de la ciudad. La población quedó completamente destruida. Con sus 7.000 habitantes, Gernika no tenía prácticamente ningún valor estratégico; era simplemente un cruce de carreteras en la retirada del ejército republicano hacia Bilbao. Cuando se conoció la noticia, la opinión



El general Fidel Dávila sucedió a Mola en el mando del ejército del norte

pública exterior se horrorizó. Franco, consciente de que ello podía ir en detrimento de su causa, lanzó una campaña internacional tratando de demostrar que habían sido “incendiarios vascos” los que en su retirada habían destruido la población. Pero la gran mayoría de la opinión internacional supo que había sido efectuado un bombardeo y que los alemanes tenían mucho que ver en todo ello. Unas 72 horas después del bombardeo, los nacionales conquistaron Gernika. Es evidente que la opinión exterior había puesto al mando nacional en una peligrosa situación; la mejor prueba de ello fue que no se produjeron en toda la guerra más bombardeos como el de Gernika.

Ahora los vascos habían retrocedido hasta las defensas exteriores de Bilbao. Ante ella se extendía el famoso “cinturón de hierro”, una cadena de fortificaciones de hormigón armado que teóricamente, y así lo anunciaba constantemente la propaganda, debían frenar la ofensiva nacional del general Mola. Pero el “cinturón” no podía defenderse por sí solo de los masivos ataques aéreos de una aviación enemiga sin oposición. Además, uno de los principales oficiales que ha-

bían participado en la construcción del “cinturón”, el comandante Alejandro Goicoechea, se había pasado en marzo al bando nacional, llevándose consigo los planos de la fortificación. Éstos reflejaban que la obra distaba mucho de estar completada, y así los nacionales pudieron iniciar el ataque por los puntos más débiles y peor defendidos.

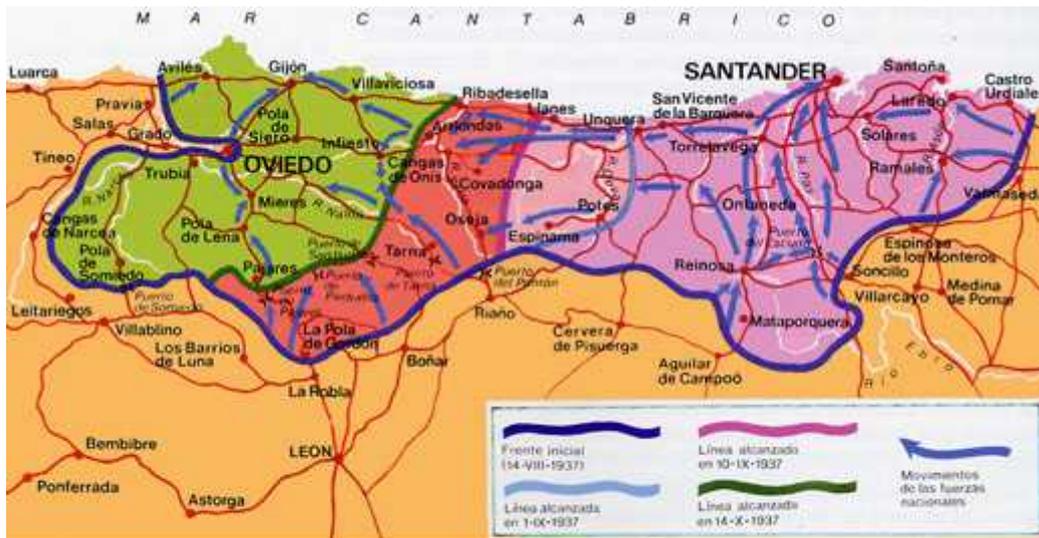
Pero antes de que ocurriera el drama de la caída de Bilbao, los nacionales sufrieron la pérdida del general Mola ocurrida el 3 de junio. El avión que lo transportaba se estrelló en un cerro cerca de Burgos y aunque se ha llegado a hablar de un posible sabotaje, lo cierto es que el avión se estrelló presumiblemente por la niebla y la escasa visibilidad. El general Fidel Dávila sucedió a Mola en el mando del ejército del norte; Franco no pareció emocionarse en exceso por la muerte de Mola, probablemente sabía que había sido eliminado un posible rival que podía frenar su poder absoluto. Al mismo tiempo, los republicanos sustituyeron a Llano de la Encomienda por el general Gamir Ulibarri al mando de las fuerzas vascas.

El 11 de junio, se reanudaron los combates. Al anochecer de ese día, las brigadas navarras alcanzaron el celebre “cinturón”. El 12, tras un fuerte bombardeo aéreo y artillero, los nacionales atacaron por su punto más débil. Las líneas vascas se rompieron y se inició la desbandada.

El 13 de junio, se encontraban en Bilbao con la moral al mínimo después de la pronta caída del “cinturón”. El gobierno vasco decidió la evacuación de la población civil; los niños serían enviados como refugiados a Inglaterra. El 17 de junio, los nacionales llegaron a Bilbao y se inició un fuerte bombardeo artillero sobre la capital. El 18, los vascos decidieron que era imposible la defensa y empezaron su evacuación. A mediodía del día 19, los tanques nacionales convergieron sobre el centro de Bilbao y lo encontraron vacío. La República de Euskadi había caído.

La caída de Bilbao supuso una gran polémica religiosa. Efectivamente, Euskadi había sido el único territorio en poder de la República donde se había respetado a la Iglesia. La República había además reconocido el derecho a la autonomía de la región, por eso los sacerdotes vascos prefirieron apoyar durante la guerra a una república anticlerical antes que a un bando nacional obsesionado con la férrea unidad de la patria. Pero tras la caída de Euskadi, los obispos españoles, encabezados por el cardenal Isidro Goma, escribieron una carta conjunta “a los obispos de todo el mundo” en el que comentaban que la causa del bando nacional era una causa teológicamente justa. Los obispos vascos se negaron a firmar el escrito y pidieron ayuda al Papa pero éste prefirió apoyar a los obispos partidarios de Franco y el Vaticano reconoció a su gobierno tras la caída de Bilbao.

Ahora los nacionales se ocupaban de completar la conquista del norte. El siguiente objetivo fue Santander pero antes se sufrió un parón en las operaciones debido a las contraofensivas republicanas iniciadas en Madrid y Aragón (ver Las contraofensivas republicanas). Después de estos episodios, se inició el avance el 14 de agosto de 1937. Los nacionales poseían unos 90.000 hombres divididos en seis brigadas navarras, dos divisiones italianas y la de los “flechas negras”. La defensa de Santander se confió a los Cuerpos de Ejército 14º y 15º republicanos con un total de 80.000 hombres pero con una alarmante inferioridad aérea. El 16 de agosto, dos días después del inicio de la ofensiva, se tomó Reinosa, importante nudo estratégico, y el 18, los italianos avanzaron por la costa y el frente dejó prácticamente de existir. El 23 de agosto, se decidió la evacuación de la capital santanderina. Millares de santanderinos huyeron desde el puerto en dirección a Francia. Entre ellos estaban el presidente de Euskadi, José Antonio Aguirre, y el general Gamir Ulibarri. Pero unos 60.000 hombres fueron hechos prisioneros cuando el general Dávila entró en Santander. Mussolini envió un telegrama de felicitación por la victoria italiana y el 27 de agosto, su contenido apareció en los principales diarios de Italia, algo que para los republicanos demostraba que un ejército extranjero, con unidades regulares, intervenía en España.



Mapa de operaciones sobre Santander y Asturias en el otoño de 1937

Para rematar la caída del norte, los nacionales prosiguieron la ofensiva el 1 de septiembre en dirección a Asturias. La misión se encomendó de nuevo a las seis brigadas navarras; los italianos fueron retirados del frente. Por parte republicana se esperaba una defensa más encarnizada en las sierras y montes de Asturias. Esperaban que la próxima llegada del mal tiempo detuviera la ofensiva hasta la primavera de 1938. Pero las fuerzas que disponían para ello eran los restos del Ejército 14 republicano, con unos 8.000 hombres desmoralizados, y el Ejército 17, con unos 35.000 hombres. Pero de nuevo, la falta de tanques, artillería y aviación hacía imposible la defensa. Aún así, el avance nacional fue lento. El terreno abrupto favorecía la aplicación de tácticas defensivas. Tras seis semanas de combate, el 14 de octubre, el dispositivo republicano aún no se había quebrado pero a partir del 15, la resistencia se debilitó. Todos los que pudieron emprendieron la huida, entre ellos el socialista Belarmino Tomás, jefe del Consejo de Asturias y León, órgano de gobierno que había regido la zona durante la guerra. El 21 de octubre, cayó Gijón, y con Oviedo también en manos de los nacionales desde la traición del coronel Aranda al inicio de la guerra, el frente norte republicano había desaparecido.

La guerra en el norte fue relativamente fácil para los nacionales porque las tres provincias en manos de la República habían hecho la guerra por su cuenta; habían sido prácticamente tres estados independientes y ante esto, la coordinación de una defensa común era imposible. No podía aún presumirse el alcance que tendría la caída del norte en la guerra civil pero lo cierto es que a partir de dicha caída, la zona nacional había desnivelado la balanza a su favor frente a su homónima republicana.

LAS CONTRAOFENSIVAS REPUBLICANAS

Las contraofensivas republicanas de mitad y finales de 1937 se plantearon y ejecutaron de acuerdo a dos necesidades básicas e ineludibles. Por una parte, la necesidad de comprobar la eficacia de las recién formadas brigadas mixtas del Ejército Popular y la operatividad y eficacia de los mandos y material ruso enviado desde Moscú. Por otro, a la necesidad de detener las ofensivas que el Alto Mando Nacional había planeado y estaba ejecutando en la zona norte republicana.

Tras el final de las operaciones en el frente de Madrid, el ejército nacional se lanzó a la conquista del norte republicano. El Alto Mando del Ejército Popular advirtió el peligro que ello supondría para su esfuerzo bélico. Por ello decidió que el verano de 1937 había de ser el del verdadero bautismo de fuego de su ejército en condiciones diferentes. A partir de ahora, el Ejército Popular de la República atacaría y no se limitaría sólo a defender. Los comunistas, que habían escalado el pináculo del poder tras los sucesos de mayo, expusieron un plan para atacar Brunete y romper el cerco de Madrid. El jefe de gobierno, Largo Caballero, propuso un ataque por Extremadura pero Largo estaba ya muy desacreditado tras los sucesos de mayo y el criterio comunista prevaleció. El jefe de gobierno presentó la dimisión.



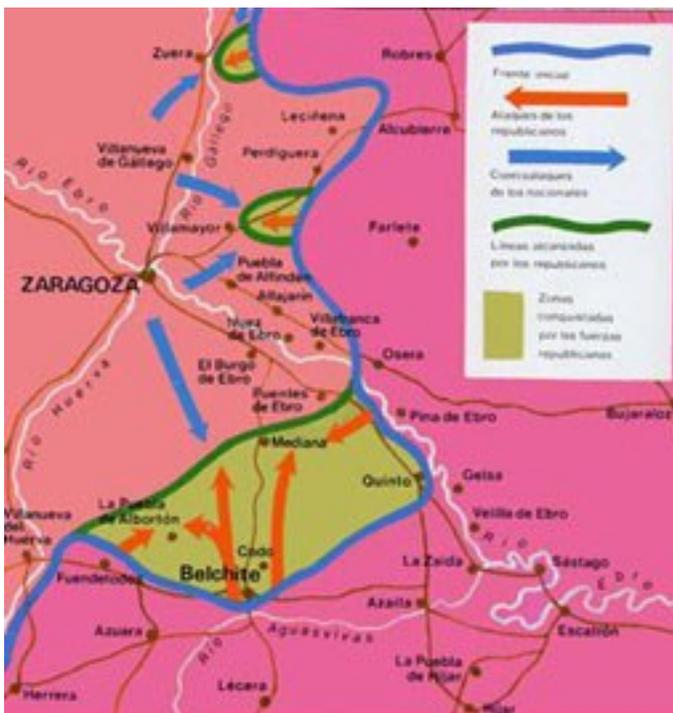
Milicianos durante la batalla de Brunete, primera ofensiva republicana planteada y ejecutada por el Partido Comunista

Al mismo tiempo que se preparaba la ofensiva de Brunete, la República lanzó algunas ofensivas secundarias en Huesca y Segovia para tratar de frenar la caída de Bilbao pero en líneas generales fracasaron y el destino de Bilbao quedó sellado. Con Bilbao en poder de Franco, el 15 de junio de 1937 se preparaba la próxima conquista de Santander pero entonces, apresuradamente, la República lanzó su esperado ataque diversivo. Para la ofensiva, cuyo primer objetivo era la conquista de Brunete, la República reunió dos Cuerpos de Ejército, el 5 y el 18. En el primero se incluía la división 11 de Lister y la 46 de otro comunista que había ganado sus laureles en las batallas de Madrid, Valentín González “el Campesino”. El segundo incluía las brigadas 11 y 12 internacionales. Este ejército sumaba alrededor de 85.000 hombres bien

apoyados en medios blindados y aéreos. Pretendía con su ofensiva aislar por el oeste a los ejércitos nacionales que cercaban la capital.

Los nacionales quedaron sorprendidos por la ofensiva republicana. En los primeros momentos sólo podían oponer a su avance la división 71 compuesta básicamente de falangistas y unos cuantos tabores de marroquíes. El 6 de julio, la división 11 republicana se lanzó al ataque y avanzó 16 kilómetros rodeando Brunete. Los nacionales tuvieron que detener su ofensiva en el norte y enviar como refuerzo al nuevo frente amenazado elementos de la Legión Cóndor alemana y grandes cantidades de artillería pesada. Mientras tanto Brunete había caído pero el avance había encontrado una creciente resistencia. La batalla, librada en el caluroso mes de julio, estaba convirtiéndose poco a poco en una batalla de desgaste. El 8 de julio cayó Quijorna; el 11, los pueblos de Villanueva del Pardillo y Villafranca del Castillo, pero en Boadilla los nacionales resistían ferozmente. El dominio aéreo era momentáneamente republicano pero ello iba a cambiar muy pronto. Durante esta batalla aparecieron por primera vez en los cielos los nuevos cazas alemanes Messerschmit Me-109 que aunque inferiores en número a los “moscas” rusos, eran mucho más eficaces que éstos. El 13 de julio, por tanto, los republicanos, en creciente inferioridad aérea, detuvieron la ofensiva y se empezaron a atrincherar en las posiciones conquistadas. Se había conquistado un terreno equivalente a unos 12 kilómetros al sur de Brunete.

El ataque no había obtenido éxito, en parte debido a un problema del que el Ejército Popular adoleció durante toda la guerra. Era el hecho de que esta fuerza de combate estaba inspirada en los manuales de guerra rusos y franceses que tan anticuados se revelarían durante los primeros años de la II Guerra Mundial. Por el contrario, el Ejército nacional se basó en las enseñanzas revolucionarias de lo que después pasaría a llamarse “Blitzkrieg” (guerra relámpago) y además era un ejército más férreamente dirigido a nivel político. El 18 de julio, se produjo la contraofensiva nacional tratando de reconquistar el terreno perdido. La batalla se prolongó bajo unas condiciones climáticas extremas de calor hasta el 22 de julio. Brunete fue reconquistado y los republicanos conservaron las localidades de Quijorna, Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo, una superficie de unos 6 kilómetros de profundidad, pagando por ello un precio de 20.000 muertos y 100 aviones. Los nacionales lamentaron 17.000 muertos y 23 aviones.



Mapa de la batalla de Belchite

La ofensiva había fracasado y Franco pudo por fin continuar su ofensiva en el norte, que sólo sufrió un retraso de cuatro semanas. Para tratar de detenerla, se planteó una nueva ofensiva, esta vez en el frente de Aragón. La ofensiva la llevó a cabo el recién formado Ejército del Este, con el general Pozas a la cabeza, y que reunía unos 80.000 hombres. La acción, conocida posteriormente como batalla de Belchite, tenía por objetivo final la conquista de Zaragoza con un ataque simultáneo desde tres puntos. Dio comienzo el 24 de agosto cuando ya Santander había caído en manos de Franco. Las localidades de Quinto y Codo, al norte de Belchite, fueron las primeras en caer. Mediana cayó el 26 de agosto. Pero la tenacidad de

los defensores nacionales, sobre todo en la localidad de Belchite, sorprendió a los republicanos. Además, Franco no decidió, como en Brunete, enviar refuerzos del norte a ese nuevo sector amenazado por lo que la ofensiva no cumplía una de sus condiciones básicas: retardar el avance nacional sobre Santander y Asturias. Belchite acabó por rendirse el 6 de septiembre pero para entonces la ofensiva por Zaragoza debía suspenderse ante la gran cantidad de bajas republicanas producidas por tan encarnizada defensa. Además, los cielos volvían a estar bajo el dominio de los cazas nacionales por lo que la República tuvo que establecerse a la defensiva.

El otoño de 1937 confirmó la conquista del norte por los ejércitos victoriosos del general Franco. Las ofensivas de Brunete y Belchite no había prácticamente cambiado la situación ni la marcha de las operaciones. El alto mando nacional, ante la ya escasa respuesta de los republicanos en los frentes, se dedicó a planear nuevos ataques sobre Madrid para la primavera de 1938. Pero entonces, cuando ya había llegado el invierno, la República volvió de nuevo al ataque. El alto mando republicano planeó para diciembre una ofensiva en los alrededores de Teruel. El Ejército de Levante sería el encargado de llevar a cabo el ataque con alrededor de 100.000 hombres divididos en tres Cuerpos de Ejército: el 18, el 20 y el 22. El 15 de diciembre de 1937, sin preparación artillera ni aérea, se inició la ofensiva. Por la noche, la ciudad de Teruel ya se encontraba sitiada. El comandante en jefe de la guarnición, Rey d'Harcourt, decidió defender la ciudad y se retiró hacia el interior con unos 4.000 hombres, la mitad de ellos paisanos que luchaban a favor de Franco. La ofensiva pronto recordó a la de Belchite, con los republicanos sufriendo gran cantidad de bajas en los combates callejeros de Teruel. A pesar de todo, los combatientes nacionales sufrieron aún más debido a los efectos del frío, ya que estaban peor abrigados que los republicanos. Hasta el 8 de enero de 1938, Teruel resistió pero finalmente Rey d'Harcourt se rindió. Los republicanos dominaban ahora la ciudad y sus alturas circundantes pero ello no permitía encubrir que ahora los republicanos se habían convertido en sitiados y los nacionales en sitiadores. Pese a todo, la conquista de Teruel, la primera y única capital tomada por la República en la guerra, era un reflejo de la cada vez más eficaz máquina bélica republicana. ¿Alcanzaría su mayoría de edad el Ejército Popular a tiempo de impedir la derrota?. El desenlace final de la guerra demostró que no.



Tropas republicanas en Teruel, única capital de provincia tomada por los republicanos en la guerra

El 17 de enero, el general Varela, al mando de las tropas nacionales del frente de Teruel, lanzó el primero de sus ataques para reconquistar las alturas de Teruel, principalmente la denominada "Muela de Teruel", posición clave para la defensa de la ciudad. Progresivamente todas las alturas fueron siendo desalojadas de elementos republicanos. La República trató de resistir y contraatacó los días 25, 26 y 27 de enero pero entre sus combatientes empezaba ya a cundir la fatiga bajo un frío intenso. Los nacionales decidieron lanzar un ataque el 7 de febrero en dirección al río Alfambra, al norte de Teruel, que constituyó la rotura total del frente republicano. Dicho punto era uno de los más débiles del dispositivo republicano de defensa. Todo el frente al

norte de la ciudad se vino abajo; ahora era prácticamente imposible defender la capital. La última batalla por Teruel empezó el 17 de febrero con un movimiento envolvente que pretendía aislar la ciudad del frente republicano. El 20, el cerco quedó casi completado mientras algunas unidades nacionales entraban ya en la ciudad. Entonces se ordenó la retirada, pero 14.500 combatientes republicanos cayeron prisioneros y Teruel cayó. Nuevamente, como ya hemos visto en Brunete y Belchite, un éxito inicial de la República acabó en derrota estrepitosa. La República se había agotado prácticamente después de tres ofensivas que le habían comportado el dominio de un puñado de kilómetros cuadrados de terreno y ninguna ventaja ni logro importante. Este agotamiento fue crucial para Franco y su ejército pues en la primavera de 1938, cuando lanzó su ofensiva general sobre Aragón, su oponente se encontraba desorganizado, desarmado y lo que es más importante, desmoralizado.

EVOLUCIÓN POLÍTICA REPUBLICANA 1936-37

La nueva República nacida del golpe militar de 1936 ya no era el estado que en 1931 hubiera querido ser. La resistencia al golpe del pueblo armado leal a la República desató unas pasiones que no podía contener. Inicialmente se había tratado de evitar el golpe mediante la negociación pero cuando ésta fracasó, los dirigentes republicanos quedaron a merced de los elementos. En esta sección, describiremos la actuación política llevada a cabo por la República durante el período 1936-37.

El 18 de julio de 1936, cuando ya se había producido el golpe en Melilla, el gobierno republicano se encontraba sin jefe. Casares Quiroga dimitió al ser incapaz de dominar la situación. Fue sustituido por un gobierno efímero al mando del diputado de Unión Republicana Diego Martínez Barrio, que durante esa noche pidió comunicación con los rebeldes en vistas a una última negociación que detuviera la guerra. El general Mola se negó en rotundo, afirmando que ya nada podía detener a las masas de partidarios de su causa. El 19 de julio, por tanto, ante la caída de este gabinete, subió al poder otro republicano, esta vez de Izquierda Republicana, José Giral.



José Giral

El gabinete de José Giral, que se extendió hasta septiembre de 1936, siguió sin contar en momentos tan críticos con el apoyo de las otras fuerzas sociales de izquierda como los socialistas o los comunistas porque ante todo se pretendía que las democracias occidentales no identificaran a la República de la guerra con un gobierno revolucionario. Pero mientras tanto, los reveses militares estuvieron a punto de acabar con su resistencia. Además la imagen exterior de la República sufrió un duro golpe con las noticias de la matanza de Badajoz (ver Primeras Campañas) ocurrida a mediados de agosto que fue la causa principal de los trágicos sucesos de la Cárcel Modelo, prisión que desde el principio de la guerra había albergado a alrededor de 3.000 prisioneros políticos. Efectivamente, el 23 de agosto, tras un conato de incendio en la prisión provocado no se sabe por quién, los milicianos de la CNT-FAI clamaron venganza por lo de Badajoz y tras sacar a unos 40 presos, procedieron a fusilarlos sin juicio alguno. Al día siguiente, sacaron a 30 presos más y continuaron los fusilamientos. Entre los caídos se encontraban Melquíades Álvarez (republicano conservador), José María Albiñana (jefe del Partido Nacionalista Español) y los falangistas Fernando Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda. Estos trágicos sucesos fueron los que posibilitaron la creación de los Tribunales Populares destinados a ocupar el vacío de justicia provocado por el estallido de la guerra. Mediante estos tribunales, los acusados podían al menos defenderse de las acusaciones que se le imputaban, aunque normalmente eran hallados culpables en la mayoría de los casos.

A principios de septiembre de 1936, los ejércitos rebeldes se encontraban a las puertas de Madrid. Por ello y atendiendo al hecho de que la imagen “moderada” de la República no había despertado el claro apoyo de Inglaterra y Francia, subió al poder el socialista Francisco Largo Caballero en un nuevo gobierno de concentración en el que estaban representados también los comunistas. Este gobierno fue llamado el “Gobierno de la Victoria”. Los anarquistas, en plena



**Cartel de apoyo
al gobierno de
Largo Caballero**

fiebre revolucionaria, fueron también invitados a participar en dicho gobierno pero fieles a sus principios, se negaron a formar parte de cualquier estructura de poder político. Sin embargo antes de fin de mes sus representantes en Cataluña accedieron a formar parte del gobierno de la Generalitat lo que representaba la primera contradicción del movimiento anarquista en la guerra. Desde el inicio de la guerra, los anarquistas habían sido los amos de la Cataluña revolucionaria pero como no tomaron el poder y accedieron a compartirlo en el Comité de Milicias Antifascistas la Generalitat, pudo finalmente ocupar su lugar y el Comité fue disuelto el 1 de octubre. El nuevo gobierno autónomo presidido por Lluís Companys se caracterizó por la falta de relaciones con Madrid. Lo mismo ocurría en el Aragón revolucionario, es decir, aquella zona que se había sido tomada por las milicias anarquistas salidas de Barcelona en su avance hacia Zaragoza, Huesca y Teruel. Este territorio constituyó, de hecho, otro “estado independiente” regido por el Consejo de Aragón anarquista, órgano que trataba de extender la revolución agraria e industrial por la zona.

Otra región que se prestaba a gran cantidad de interpretaciones sobre su adhesión al bando republicano eran los territorios vascos de Vizcaya y Guipúzcoa. La República se aseguró esta zona al inicio de la guerra prometiendo a sus habitantes que les sería concedido el estatuto de autonomía en breve. En octubre de 1936, por tanto, el estatuto quedó aprobado pese a las reticencias de Madrid y fue nombrado presidente José Antonio Aguirre. De todas maneras, la nueva República de Euzkadi apenas abarcaba ya a la provincia de Vizcaya tras la caída de Irún y San Sebastián en manos de los rebeldes.



**Reunión del gobierno de Euzkadi una vez proclamado
su estatuto, siendo presidente José Antonio Aguirre**

A finales de octubre, los ejércitos del general Franco se acercaban a Madrid. El jefe de gobierno, Largo Caballero, no parecía haber modificado sustancialmente la situación desde que sustituyera a Giral al frente de la República. En noviembre, los nacionales iniciaron la ofensiva que

debía acabar con la caída de Madrid y con la guerra pero entonces el material bélico enviado por la Unión Soviética igualó la lucha. Al mismo tiempo, a nivel político, el gobierno fue reformado para hacer frente a la crisis. Los anarquistas que ya habían accedido a entrar en el gobierno catalán accedieron ahora a entrar también en el gobierno central. Cuatro anarquistas fueron nombrados ministros en ese gabinete. Eran Juan García Oliver (Justicia), Juan Peiró (Industria), Federica Montseny (Sanidad. Primera ministra de la historia de la política española) y Juan López Sánchez (Comercio). La inclusión de los anarquistas en las tareas de gobierno desconcertó a sus militantes que hasta entonces habían aprendido hasta la saciedad de las teorías anarquistas que cualquier forma de gobierno era malo por naturaleza. Sin embargo, la guerra les había puesto en una situación que se les escapaba de las manos y ante su más que probable aislamiento, decidieron dar este importante paso contrario a sus teorías.

Probablemente fue una decisión acertada a corto plazo porque Madrid se convirtió en un ejemplo de unidad frente a la crisis. La ciudad resistió y el asedio se convirtió en leyenda. Pero Madrid había quedado cercada y los comunistas estaban empezando a adquirir un prestigio que escapaba al control que ejercían los anarquistas. Su actitud de férrea disciplina ante la guerra y el apoyo de las armas rusas hacían del PCE (Partido Comunista Español) el partido ideal para la nueva sociedad republicana. Muchos de los oficiales que se habían declarado leales pero que siempre habían sido neutrales políticamente hablando se adhirieron al partido y quedaron sometidos a su influencia. La debilidad de los otros partidos (socialistas, republicanos y, a partir de septiembre, anarquistas) también ayudó al encumbramiento de los comunistas a las altas esferas de decisión dentro del bando republicano. Pronto empezó a ocupar los principales puestos en la administración republicana y su temible policía secreta, la NKVD, exportada desde Moscú, tendría mucho que ver en la posterior eliminación de los disidentes a la toma absoluta del poder. Su primer paso en esta dirección se dio en Cataluña (donde el PCE recibía el nombre de PSUC, Partit Socialista Unificat de Catalunya) y fue que los miembros del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), un partido comunista independiente de las decisiones de Moscú, fueran expulsados del gobierno de la Generalitat. El secretario general del POUM, Andreu Nin, dimitió de su cargo en el gobierno el 16 de diciembre de 1936. Pero las purgas comunistas no habían hecho más que empezar.



La revolución era defendida por la CNT-FAI

Sus siguientes víctimas en Cataluña fueron los anarquistas y en sus ataques encontraron un apoyo firme, no sólo de las clases medias aterrorizadas por los experimentos revolucionario anarquistas, sino también de la Generalitat que trataba de recobrar el control de las estructuras de poder caídas en manos anarquistas desde el inicio de la guerra. En el otoño de 1936, el sistema anarquista de colectivizaciones agrarias e industriales perdía impulso; la Generalitat estaba tratando de parar el proceso revolucionario. La industria colectivizada no había podido impedir la caída de la producción desde julio. En las colectividades agrarias rurales, los comunistas apoyaban a los pequeños propietarios agrícolas, reticentes a entrar a formar parte de una colectividad; el éxito económico de las colectividades era dudoso. La disputa entre comunistas y anarquistas pronto versó en la polémica de si era necesario detener la revolución y ganar primero la guerra como pedían los comunistas o si realizar la revolución y la guerra eran inseparables dentro del esfuerzo bélico republicano como querían los anarquistas.

En cuanto a las relaciones entre los vascos y el gobierno central, la situación también era tensa. La autonomía concedida por Madrid al territorio vasco había creado la República de Euskadi, un estado semi-independiente con un ejército propio. El gobierno central insistía que dicho

ejército formaba parte de la estructura militar del Ejército Republicano del Norte junto a los territorios de Santander y Asturias.

Todas estas tensas relaciones entre comunistas, anarquistas, socialistas, nacionalistas vascos y republicanos moderados hacían imposible una dirección política común para ganar la guerra. En la primavera de 1937, estos grupos políticos se mantenían frágilmente unidos porque Madrid seguía aún amenazado pero cuando los nacionales desistieron de tomar la capital y se lanzaron a la conquista del norte, la situación política republicana se había tensado hasta el límite y pronto estalló en mayo de 1937.

Los acontecimientos se desarrollaron básicamente en Barcelona. El 1 de mayo de 1937 se celebraban los actos del día del trabajador, que al ser los primeros celebrados en guerra, debían convertirse en una grandiosa manifestación de apoyo a la España republicana que tuviera repercusiones en la opinión pública mundial, pero ese día las calles de Barcelona aparecieron desiertas. La tensión política era tal, que la Generalitat, previendo disturbios, había prohibido cualquier tipo de manifestación política o sindical. Sin embargo, nada podía detener ya la cruenta lucha por el poder político en la España republicana. Pronto, los comunistas, con su secretario general José Díaz al frente, apoyaron a la Generalitat en sus protestas de que la CNT, que controlaba el edificio de la Telefónica, estaban registrando e interviniendo todas las llamadas de los teléfonos del gobierno. La Telefónica había sido colectivizada por los anarquistas en julio de 1936 y ahora la Generalitat pretendía volver a tomar el control sobre ella. El 3 de mayo, por tanto, enviaron un destacamento de Guardias se Asalto para apoderarse del edificio pero los anarquistas se resistieron y hubo un tiroteo.



**Barricadas anarquistas escenario de la
lucha en la Barcelona de mayo de 1937**

Fue la gota que colmó el vaso de la paciencia anarquista; sus seguidores en Barcelona levantaron barricadas en todas sus calles y con el apoyo de las milicias del POUM, se prepararon a resistir a las fuerzas de la Generalitat que recibían la ayuda de los comunistas. El 4 de mayo, Barcelona era una ciudad de retaguardia en guerra. Los tiroteos se sucedieron durante todo el día y los ministros anarquistas Juan García Oliver y Federica Montseny efectuaron un llamamiento por radio a sus seguidores para decirles que depusieran las armas o la lucha armada de la República frente al fascismo estaría perdida. Muchos de los anarquistas en las barricadas se sintieron defraudados por esta actitud de sus dirigentes; sabían que si deponían las armas, todo su ideal revolucionario, por el que habían luchado en julio de 1936, se vendría abajo. El 5 de mayo, algunas unidades militares anarquistas que luchaban en Aragón partieron para Barce-

lona, lo que ponía en serio peligro el frente republicano de la zona. Afortunadamente, los nacionales no disponían entonces de los elementos necesarios para iniciar una ofensiva en ese frente porque estaban ocupados en la lucha por la zona norte republicana. El 8 de mayo ante la llegada de refuerzos enviados por Madrid para restablecer la situación, los anarquistas y el POUM cesaron la lucha, lo que significaba su rendición final ante los comunistas y el gobierno central.

Los anarquistas habían quedado anulados; ahora los comunistas tenían mano libre para tomar las medidas que creyeran necesarias ante el POUM, partido que obstaculizaba la tarea del PCE en la lucha por el poder. Pero antes se produjo la caída del “Gobierno de la Victoria” de Largo Caballero. El 13 de mayo, los comunistas pidieron “medidas” contra los anarquistas y el POUM; Largo Caballero se opuso, y los comunistas se negaron a seguir formando parte de ese gobierno. El aislamiento de Largo Caballero, el otrora líder revolucionario, era total y el 15 de mayo, dimitió. Pasó a debatirse quién sería su sucesor. Los comunistas sabían que tenía que ser otro socialista para no alarmar a las democracias europeas pero desestimaron que Indalecio Prieto fuera el elegido y apoyaron la candidatura de Juan Negrín, el ministro de Hacienda que había embarcado el oro español hacia Rusia. El nuevo gabinete de Negrín incluía dos ministros socialistas, dos comunistas, dos republicanos, un nacionalista vasco y otro catalán.



Andreu Nin

Los anarquistas quedaron fuera, así como los miembros del POUM que a finales de mayo sufrieron la purga de los comunistas. Primero fue clausurada su publicación, el diario “La Batalla”. El 16 de junio, fue clausurada la sede del POUM en Barcelona y su estructura militar en el Ejército Popular republicano fue disuelta. Al mismo tiempo se detuvo a sus principales dirigentes, entre ellos Andreu Nin. Pronto se convirtió en víctima de las purgas estalinianas de la NKVD. Se cree que fue llevado a la prisión de Alcalá de Henares, donde agentes soviéticos trataron de que firmara una confesión que demostrara que era un “agente del fascismo”. Ante su negativa a firmar, fue asesinado. La desaparición de Nin se convirtió en un asunto escabroso para el nuevo gobierno de Juan Negrín. Los anticomunistas hicieron popular una pregunta formulada al gobierno que decía: “Negrín, ¿dónde está Nin?”. Los comunistas, hábiles como pocos,

“encontraron” pronto la respuesta: “En Salamanca o en Berlín”, decían. Pero los actos contra dirigentes del POUM continuaron durante todo el resto de 1937.

El PCE estaba realizando una purga que a ojos de miles de republicanos era necesaria para sostener una dirección firme de la guerra, aunque eso no significaba que todos la apoyaran tácitamente. El terror revolucionario fue reemplazado por una represión policial sistemática y controlada en gran medida por los comunistas. Las llamadas “checas” comunistas fueron creadas y utilizadas no sólo contra espías nacionales sino contra disidentes de izquierdas que no aceptaban el predominio del PCE en la política republicana. Ante estos actos de barbarie, ya empezaban a notarse los primeros síntomas de lo que en 1939 acabaría por significar la derrota del bando republicano. Pero mientras tanto, los comunistas eran dueños absolutos del poder y una vez controlada Cataluña, el PCE estuvo de acuerdo en englobar todo el territorio leal a sus férreo control. Pronto se propuso, por tanto, eliminar aquellas organizaciones autónomas nacidas bajo el ya eliminado control anarquista. El Consejo de Aragón, radicado en Caspe, fue una de sus primeras víctimas. Bajo la dirección del anarquista Joaquín Ascaso, el Consejo había resultado ser socialmente un éxito pero su contribución a la guerra era más bien ineficaz y constituía un serio impedimento para la reorganización del frente. El 11 de agosto de 1937, el comandante Enrique Lister fue enviado a Aragón con su unidad para restablecer el poder del

gobierno central. El Consejo de Aragón fue disuelto y empezaron las detenciones de anarco-sindicalistas.



El Partido Comunista Español se convirtió en la única garantía del esfuerzo bélico del bando republicano en la guerra

El gobierno de Juan Negrín era responsable en gran medida de esta despiadada represión. El propio Negrín no la veía con buenos ojos pero sabía que si entraba en conflicto con los comunistas, la República perdería la guerra irremisiblemente. En el otoño de 1937, cuando la República perdió la zona norte, muchos políticos republicanos ya sólo pensaban en la derrota. Solo Negrín y los comunistas creían que la República pudiera ganar la guerra. Pero para que ello se produjera, todo el esfuerzo bélico, toda la ayuda material posible y todo hombre y mujer capaz de empuñar un fusil y de trabajar en una fábrica o en el campo debía concentrarse bajo la autoridad del gobierno central. Ello significaba que Cataluña, que hasta entonces había formado un Estado dentro de Estado republicano, tendría que ser eliminada como autonomía política y someterse al gobierno Negrín. El 1 de octubre de 1937, se celebraron en Valencia las Cortes republicanas (una manera de mantener la apariencia de democracia de la República). Negrín y su gobierno volvió a obtener el respaldo de los comunistas en la continuación de la lucha. Las disidencias habían cesado, al menos por el momento. El invierno de 1937 y el nuevo año de 1938 se presentaba como una verdadera prueba para los republicanos. La situación militar era incierta (en aquellos momentos se desarrollaba la batalla de Teruel), el control de la retaguardia aparentemente firme. El año de 1938 sería el de la verdad para la guerra civil española.

EVOLUCIÓN POLÍTICA FRANQUISTA 1936-37

En la zona controlada por los nacionales, además de atender a las necesidades de la guerra, fue necesario estructurar un Estado, pues no se había previsto que el alzamiento se convirtiera en una guerra civil de casi tres años de duración. Así surgió el Estado franquista, cuyos polos fueron el Ejército y el partido único (Falange Española Tradicionalista y de las JONS) que tuvo en el mando del general Francisco Franco el impulso decisivo.

El golpe contra la República, planeado por una serie de militares horrorizados ante la radicalización social que había adquirido el país después de las elecciones de febrero de 1936, había fracasado en gran parte de España. Pero en esa otra España en la que había triunfado, surgió pronto la necesidad de estructurar un estado partiendo prácticamente de cero, cuyo primer paso fue la sustitución de la bandera republicana por la monárquica el 15 de agosto en un acto celebrado en Sevilla.



Francisco Franco y Alfonso XIII en Sevilla durante los actos de sustitución de la bandera en agosto

En un primer momento, no hubo una cabeza visible del nuevo movimiento (recordemos que el general Sanjurjo, que debía ponerse al frente del mismo, murió en un accidente de aviación el 19 de julio), por tanto, la dirección quedó en manos de un mando colegiado de generales que recibió el nombre de Junta de Defensa Nacional, creada en Burgos el 24 de julio. El general Miguel Cabanellas ostentó la presidencia de dicho organismo. Sin embargo, a partir de septiembre, se hizo estrictamente necesario nombrar a un jefe supremo que coordinara en su nombre al “glorioso movimiento”. Es entonces cuando aparece la figura del general Francisco Franco.

Francisco Franco, general que había ganado sus laureles en las guerras de Marruecos, inició su participación en el golpe con mucha cautela pero en los meses que siguieron, se convirtió en uno de los principales aspirantes a ocupar el poder supremo del bando nacional. Sus contactos con el exterior para proveerse de armamento, el traslado de sus tropas del Ejército de África a la

Península y un poco más tarde, la liberación del Alcázar de Toledo, le habían puesto en una situación de clara ventaja frente a candidatos como Emilio Mola o Gonzalo Queipo de Llano. Por tanto, el 21 de septiembre de 1936, en una reunión celebrada en Salamanca, se propuso que Franco asumiera el poder absoluto. Miguel Cabanellas se abstuvo, probablemente porque sabía que si se le daba el poder a Franco, éste ya no lo soltaría hasta su muerte. La decisión quedó postergada al día 28 del mismo mes y finalmente Franco fue elegido Jefe de Estado "mientras durase la guerra". El 1 de octubre, en Burgos, pronunció un discurso en el que se refería a sí mismo como Jefe de Estado y Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Nacía la figura del "Caudillo".



Francisco Franco en una visita a Burgos en agosto, a principios de octubre sería elevado a la jefatura del Estado

Los regímenes fascistas europeos, Italia y Alemania básicamente, tuvieron mucho que ver en el ascenso de Franco al poder absoluto. Sus envíos de armas y pertrechos al bando nacional por mediación de Generalísimo le habían otorgado un prestigio difícil de igualar. Además del apoyo logístico, recibió también el político cuando Mussolini y Hitler, en nombre de sus países, reconocieron al régimen de Franco durante la batalla de Madrid (18 de noviembre de 1936); pronto ambos enviarían sus representantes diplomáticos a la España nacional. Las relaciones con el fascismo europeo quedaron así establecidas aunque Franco se guardó mucho de otorgar a su dictadura todos los aspectos doctrinarios del fascismo italiano o alemán.

Los primeros decretos de Franco calmaron cualquier ansiedad que pudieran haber tenido sus seguidores. Se decretaba la devolución de las tierras expropiadas, se prohibían las actividades sindicales y se declaraban ilegales todos los partidos políticos incluso los de derechas; sobre todo, nada de democracia. Además se establecía un nuevo estado cuyos pilares básicos eran el Ejército, la Falange, los carlistas, los monárquicos ortodoxos y la Iglesia.

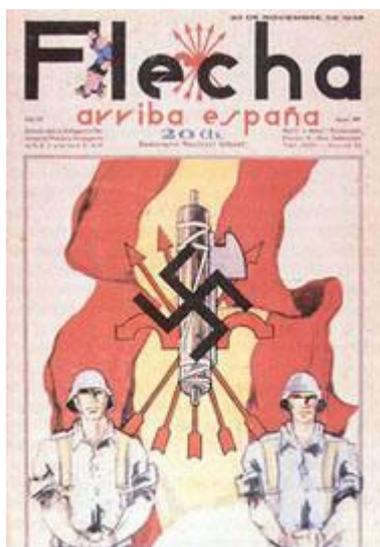
El apoyo de estos grupos era esencial para el sostenimiento de la lucha en el bando nacional y ello planteaba no pocos problemas en el camino de Franco hacia el poder absoluto. La Falange, versión española del fascismo europeo, era uno de los principales apoyos civiles en los que se sostenía el esfuerzo rebelde. Los falangistas querían restituir la idea de la España imperial. La mayoría de sus originarios dirigentes (falangistas de primera hora) eran jóvenes de clase alta o aristocrática. Su programa se basaba en una reforma revolucionaria de la sociedad; pretendía ser un partido de masas pero en España no se dieron las condiciones que posibilitaron el ascenso de



El líder José Antonio Primo de Rivera preso en la cárcel de Alicante

este tipo de partidos en otros países europeos (Italia y Alemania principalmente). Sólo la espiral de radicalización de la sociedad española desde las elecciones de febrero de 1936 había posibilitado el aumento considerable en el número de seguidores de la Falange. Tras el estallido de la guerra, de 75.000 miembros que eran en julio, a finales de año, eran casi un millón de miembros. Pero sus principales dirigentes estaban presos en cárceles republicanas o había muerto asesinados en los terribles primeros días de la guerra civil. En la cárcel republicana de Alicante se encontraba su máximo líder José Antonio Primo de Rivera (preso desde marzo de 1936 en Madrid y trasladado a Alicante en junio) y allí encontraría la muerte fusilado el 20 de noviembre de 1936. Probablemente fue uno de los mayores errores republicanos de la guerra porque con ello consiguieron allanar totalmente la carrera hacia la dictadura del general Franco, como ya veremos más adelante.

A partir de noviembre de 1936, se inició la batalla por Madrid. Los nacionales pensaban que sería un paseo y Franco se veía ya en la cúspide del poder político en toda España. Pero los republicanos resistieron y la guerra se alargó indefinidamente. Ante el imprevisto alargamiento de la guerra en el invierno de 1936, la capital de la España nacional se trasladó de Burgos a Salamanca. La centralización del mando militar y la concentración del poder en manos de Franco eran cada vez más evidentes. Ahora no tenía ningún rival entre los generales, y ni los falangistas ni los carlistas podían desafiarle, y menos aún los antiguos partidos políticos. Los falangistas estaban intentando situarse políticamente. Manuel Hedilla, el nuevo, aunque provisional jefe nacional de Falange, intentaba por todos los medios convertir aquel movimiento en un auténtico partido pero las exigencias de la guerra impedían que tuviera éxito en su empresa.



Edición del semanario falangista infantil "Flecha"

También los grupos de requetés carlistas, otro de los importantes apoyos civiles al Movimiento, eran un serio obstáculo para Franco. En el invierno de 1936-37, su principal líder, Manuel Fal Conde, creó una Academia Militar Carlista sin consultar con el Caudillo. Franco identificó a Fal Conde con un golpista y le obligó a abandonar el país si no quería enfrentarse a un tribunal militar. Se estaban dando los primeros pasos para reducir a todos los movimientos políticossociales que componían el bando nacional a una única dirección. El Himno nacional fue instaurado como el "legítimo" de España; también se cantaban el "Oriamendi", el "Cara al Sol" y el "Himno de la Legión". Las filas del movimiento juvenil de la España nacional, a imagen y semejanza de los "balilla" de Mussolini, recibían el nombre de "pelayos", "cadetes" o "flechas".



El papa Pío XI

Por lo que respecta a la Iglesia, la institución que no dudó en apoyar al bando nacional frente al republicano, se convirtió en una de las principales aliadas del régimen. El apoyo entusiasta de la Iglesia se vio ampliamente recompensado, y las ordenes religiosas recobraron el control de la enseñanza que habían perdido bajo la República; el divorcio y los matrimonios civiles quedaron abolidos. La Iglesia volvía a ser guardiana de la moral; la España de Franco era auténticamente nacional-católica. Pero no toda su jerarquía era partidaria de apoyar a unos españoles sobre otros. Ya vimos como el problema de la Iglesia vasca llevó a una serie de disensiones en su seno (Ver La caída del norte). Se sabía que algunos sacerdotes vascos contrarios a la “cruzada” habían sido fusilados en el bando nacional. El fusilamiento de sacerdotes y religiosos era moneda corriente entre el bando republicano pero que los “defensores de la fe” (como se autoproclamaban los nacionales) fusilaran a sacerdotes, provocó una fuerte protesta del Papa Pío XI. A pesar de todos estos problemas, el Vaticano no tuvo ningún reparo en reconocer al régimen de Franco en junio de 1937 cuando Euskadi, y con él la Iglesia vasca, ya habían sido conquistadas para la causa nacional.

Franco consiguió también el apoyo de una amplia mayoría de campesinos conservadores deseosos de mantener su forma de vida tradicional y religiosa. Las colectivizaciones agrarias de la zona republicana, les inspiraban más temor que esperanza. Miles de campesinos castellanos prefirieron su forma de vida antigua a las conmociones revolucionarias.



El papel de la mujer en la zona franquista queda definido en diversas organizaciones asistenciales como Auxilio Social

La situación de la mujer sufrió un fuerte retroceso en la España nacional. La República fue la primera forma de gobierno que había reconocido los derechos básicos de la mujer y le había otorgado el sufragio. Pero tras el estallido de la guerra, la mujer de la España nacional volvía al

papel tradicional que el hombre le había asignado en la Historia. Se crearon diversas organizaciones asistenciales de guerra a las que la mujer estaba obligada a pertenecer. Entre las más conocidas, encontramos el Auxilio Social, organización fundada en Valladolid por Mercedes Sanz Bachiller, viuda de un falangista de primera hora muerto en el frente, Onésimo Redondo. También encontramos organizaciones de mujeres carlistas, las "Margaritas". Todas ellas seguían una misma serie de valores en los que la unidad de la familia y la reclusión de la mujer a las tareas del hogar eran la norma básica. (Ver Las mujeres y la Guerra Civil)

Toda la sociedad seguía con paso firme la travesía marcada por su Caudillo. Pero para que esa travesía llegara a buen puerto, había que eliminar cualquier tipo de oposición. El mantenimiento de una retaguardia firme y segura era una de las principales preocupaciones del bando nacional. Para seguir manteniéndola en ese estado era necesario fusilar a muchos enemigos del régimen. Franco, impasible, sostenía que su política no consistía en derrotar ejércitos sino en conquistar territorio, llevando a cabo las purgas necesarias. Pueden distinguirse dos etapas en las ejecuciones nacionales. En los primeros días de la guerra se fusilaba sin procedimiento judicial alguno. Más tarde, se implantaron los consejos de guerra que no dejaron de representar una farsa de juicio en el que el acusado estaba condenado de antemano a la pena capital. Innumerables republicanos, revolucionarios y prisioneros de guerra, sacerdotes vascos y separatistas de todas las clases se encontraban en las atiborradas cárceles de la retaguardia nacional, a merced de los directores de las prisiones y de los guardianes. Algunas veces se levantaron contra estos terribles hechos pero en la España de Franco, levantar la voz significaba muchas veces el encarcelamiento e incluso la muerte.

En la primavera de 1937, el panorama político de la España nacional llegó a su clímax. Ya vimos que durante el invierno se había dado algunos casos de división en el seno de sus apoyos civiles, principalmente falangistas y carlistas. Franco estaba dispuesto a acabar de una vez por todas con la autonomía que disfrutaban dichos grupos en su régimen. Para poder someterlos, se valió de un personaje que llegaría a los puestos de más alta responsabilidad en la España nacional, Ramón Serrano Suñer.



Ramón Serrano Suñer

Ramón Serrano Suñer, cuñado del Generalísimo, debió su triunfo político a su inteligencia, poder de decisión y temeridad, y también a su encanto personal. Así empezó a imponerse en España el imperio de lo que se dio en llamar el "Cuñadísimo". Al principio, el "Cuñadísimo" carecía de posición oficial. Desde su llegada a Salamanca tras su huida de territorio republicano (el alzamiento le sorprendió en Madrid), Franco le utilizó de guía político. Serrano se ocupaba de buscar al nuevo estado nacional una base teórica y a ser posible jurídica. Por eso se declaró partidario de la unificación de todos los movimientos bajo la mano firme del general Franco.



Manuel Hedilla

Con los carlistas virtualmente fuera de juego tras el destierro de España de su líder Manuel Fal Conde, el generalísimo decidió que había llegado el momento de acabar con la autonomía de la Falange. La Falange, que como ya se ha dicho, había perdido a sus principales líderes, estaba ahora dirigido provisionalmente desde el inicio de la guerra por Manuel Hedilla, un ex mecánico gallego. Hedilla trataba por todos los medios de hacer de la Falange un movimiento totalmente independiente del Ejército. Eso significaba el enfrentamiento directo con Franco. El 17 de abril de 1937, Hedilla asumió la jefatura oficial de la Falange. Pero se encontraba completamente aislado y no tenía la preparación ni la ca-

pacidad necesaria para ocupar ese cargo. Sólo dos días después, Franco anunció por decreto la unificación de la Falange y el carlismo en un movimiento nacional bajo su propia dirección, llamado FET y de las JONS (Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas). Hedilla se resistió y osó desafiar la autoridad de Franco. Fue detenido, juzgado y condenado a muerte, aunque posteriormente se le conmutó la pena por la de cadena perpetua que cumpliría en las islas Canarias. Así terminó la llamada "conspiración de Hedilla". La boina roja de los carlistas y la camisa azul de la falange ya eran un solo uniforme. Franco había asegurado así el triunfo de su conservadurismo autoritario y la unidad de sus seguidores; se había erigido en dictador absoluto.

Ramón Serrano Suñer se convirtió en el hombre clave del nuevo movimiento, teóricamente era falangista aunque nunca había pertenecido a la Falange y realmente se encontraba supeditado al general Franco que de esta manera mostraba ante los falangistas la idea de que la Falange aún poseía un poder de decisión que ya no tenía. Serrano Suñer era simplemente una pieza más en el astuto dispositivo de Estado creado por el general Franco. Sin embargo, también habían monárquicos entre los apoyos dados al Jefe de Estado. Éstos habían accedido a luchar a favor del bando nacional por unas pretendidas promesas de restauración monárquica cuando finalizara la guerra. Pero Franco estaba dispuesto a ser el único monarca de España y no tardó, como había hecho con falangistas y carlistas, en anularlos políticamente. Básicamente, dejaba correr el tiempo y aplazaba constantemente la decisión ante los requerimientos de que nombrara a un sucesor (a ser posible monárquico) cuando la guerra finalizase pues ya tenía previsto mantenerse indefinidamente en el poder.

La nueva España nacional con su flamante nuevo movimiento al frente (Falange Española Tradicionalista) no alcanzó gran desarrollo en 1937. Carecía de ideología propia. La Falange era ahora un apéndice del ejército; el periódico del partido, "Arriba España", un simple medio de comunicación al servicio de Franco. La FET no servía más que para efectuar propaganda. Los responsables del carlismo en el consejo nacional eran todos del ala moderada y habían aceptado el decreto de unificación. De hecho, la Falange y los carlistas permanecieron marginados en todos los sentidos excepto en el formal; los movimientos juveniles respectivos no levantaron cabeza. A los monárquicos alfonsinos, por contraste, se les veía pululando alrededor de los generales tratando de obtener algunos pretendidos apoyos a favor de su anhelada restauración monárquica.

En el aspecto militar, 1937 fue un nuevo año de triunfos para la causa. Si bien en los primeros meses todos sus ataques a Madrid habían fracasado, a partir de abril con el inicio de las operaciones en el norte republicano y su total conquista a finales de octubre y el rechazo firme de las contraofensivas republicanas del verano, hacían posible vislumbrar que la guerra podría ganarse en el nuevo año. Aunque en diciembre una nueva contraofensiva republicana había tomado posiciones frente a Teruel, Franco se encontraba cada vez más en una posición de clara ventaja frente a sus enemigos. Esta era, pues, la situación de la España nacional a finales de 1937.

LA OFENSIVA DE ARAGÓN Y LEVANTE

A principios de 1938, el ejército republicano se había agotado en una serie de cruentos combates por la ciudad de Teruel. La ofensiva de Aragón lanzada por Franco en marzo de ese año, que tuvo su continuación en la de Levante, fue una de las operaciones decisivas de la guerra. Dividió a la República en dos zonas, desmoralizó a sus dirigentes y mostró la infinita superioridad del Ejército nacional en un frente que los republicanos siempre habían sido considerado más bien secundario.

El 22 de febrero de 1938 los nacionales reconquistaron Teruel. Finalizaba así una batalla que había durado algo más de dos meses. El resultado para los republicanos fue el mismo que Brunete o Belchite, éxito inicial, contención del avance y retirada final con gran cantidad de pérdidas en hombres y armamento. Ante la débil posición sostenida ahora por la República en Aragón, Franco decidió iniciar una ofensiva general en todo el frente. Sabía que ante él se encontraba un ejército republicano desmoralizado e insuficientemente armado. Los nacionales, por el contrario, reponían rápidamente todo el material con la inestimable ayuda de Italia y Alemania.



Mapa de operaciones de la ofensiva franquista de Aragón que acabó aislando a Cataluña

El ataque comenzaría el 7 de marzo y ya en sus primeros momentos se advirtió lo débil que era la resistencia republicana. La ofensiva partiría de dos posiciones: una al norte del Ebro y la otra al sur. En el sur, el frente se rompió por varios puntos. El 10 de marzo, se reconquistaba Belchite. La superioridad aérea era aplastante a favor de los nacionales, lo que posibilitaba un avance rápido. El 17 de marzo, cayó Caspe ante el empuje de tres divisiones nacionales que arrollaron a las Brigadas Internacionales enviadas para resistir. En 10 días, el ejército nacional se encontraba a 110 kms de su posición inicial de partida. En el norte, la ofensiva dio inicio el 22 de marzo en las líneas de Zaragoza y Huesca ante las posiciones ocupadas por fuerzas catalanas desde 1936. En un sólo día, Huesca fue liberada de su cerco, y al norte de Zaragoza, se conquistó Alcubierre y Tardienta. Desde el sur, el Cuerpo de Ejército Marroquí, con el general Yagüe al frente, cruzó el Ebro y conquistó Pina. Una gran masa de refugiados aragoneses inició el éxodo hacia Cataluña que representaba la salvación.



Infantería nacional avanza combatiendo por una calle de Lleida

El 25 de marzo, Yagüe ocupó Fraga y entró por primera vez en suelo catalán. Ante sí se encontraba la ciudad de Lleida que tardó una semana en ocuparse tras duros combates con la fuerte resistencia republicana al mando del comunista Valentín González "El Campesino". Por el norte, se ocupó Barbastro pero los Pirineos constituían una zona ideal para la defensa y el avance era más lento. Pero al sur, los frentes se habían desplomado y la desbandada republicana era general. En este avance nacional hacia el Mediterráneo, participaban también unidades italianas del CTV. Desde el aire, los aviones de la Legión Cóndor alemana ametrallaban a cualquier columna de republicanos en retirada, fueran soldados o civiles. A principios de abril, el avance por el norte de Cataluña ya obtenía sus frutos. El 8 de ese mes, cayeron Balaguer, Camarasa y Tremp, lo que dejaba las plantas hidroeléctricas que abastecían a Barcelona en manos nacionales.



**Tropas nacionales desfilando por las calles de Vinaroz
la ofensiva ha dividido en dos la zona republicana**

En el mes de abril, parecía que la guerra iba a llegar a su fin. Los nacionales alcanzaron el Mediterráneo por el pueblo castellanense de Vinaroz. Habían dividido en dos la zona republi-

cana y aislado completamente a Cataluña. Ante ellos se encontraba un frente prácticamente inexistente. Yagüe pidió autorización para continuar el avance hacia el interior de Cataluña y tomar sin dificultades una indefensa Barcelona. Pero contra todo pronóstico, Franco decidió detener la ofensiva durante unos días. Se escudaba en el cansancio que mostraban las tropas que habían avanzado sin parar desde marzo y en la férrea defensa de la bolsa republicana de Bielsa en el norte, que había distraído fuerzas necesarias en la continuación de la ofensiva. Además, cuando ya estuvo preparado para seguir avanzando, decidió que la dirección de la ofensiva debía ser conquistar Valencia y no Barcelona. El jefe del Cuerpo de Ejército Marroquí, Juan Yagüe, criticó la medida, lo que le valió su alejamiento temporal del mando de la unidad.

A finales de abril, dio comienzo, por tanto, la ofensiva de Levante que debía culminar en la caída de Valencia, la nueva capital republicana de guerra. Pero los republicanos resistían con firmeza y valor en las alturas del Maestrazgo por lo que el avance era muy lento. Castellón resistió hasta el 14 de junio. El 16 de junio, cayó en la frontera francesa la bolsa de Bielsa que había resistido dos meses al avance nacional. Pero ya por esas fechas el optimismo que habían mostrado los nacionales tras los avances en Aragón se habían convertido en amargo pesimismo. Nadie entendía cómo era posible que Franco hubiera decidido torcer hacia Valencia cuando Barcelona, corazón de la resistencia republicana, estaba a su alcance. Pero la guerra seguía su curso y para romper definitivamente el frente, se realizó una amplia concentración de unidades nacionales que inició su avance en dirección a Valencia el 5 de julio.

El frente empezó a derrumbarse como ya ocurriera en Aragón durante la primavera y las divisiones nacionales avanzaron hacia el sur 95 kilómetros en cinco días. Valencia parecía estar al alcance pero antes debían tomar el pueblo de Viver unos pocos kilómetros al norte de la capital. El 18 de julio, llegaron a sus inmediaciones pero ante ellos se extendía la línea de fortificaciones mejor construida de la guerra (la llamada línea XYZ) que, ocupada por dos cuerpos de ejército republicanos, resistió todos y cada uno de los ataques llevados a cabo por los nacionales entre los días 18 y 23 de julio y que les costaron alrededor de 20.000 bajas sin ganancia alguna de terreno. Valencia se había salvado. Los ataques se interrumpieron debido al agotamiento, y a partir del día 25, otro frente concentró toda la atención de la guerra, los republicanos atacaban por el Ebro.



El 25 de julio de 1938, el llamado Ejército del Ebro, de reciente constitución, cruzó el río por varios lugares situados entre Mequinenza y Amposta. Así dio comienzo una larga y durísima batalla (la más mortífera de la guerra) en la que fueron destruidas las principales fuerzas republicanas de Cataluña.

Siempre quedará la polémica de si la República hizo bien en plantear esta dura batalla de desgaste en una época en la que su inferioridad militar respecto a su enemigo era tan acusada. Algunos de los que participaron en ella en el Ejército Popular sostuvieron siempre que la batalla fue de una necesidad ineludible e incluso afirmaron que la acción del Ebro fue una victoria republicana. Efectivamente, tras la ruptura en dos de la zona republicana por el Mediterráneo, el Ejército nacional presionaba en la zona levantina y aunque el avance había quedado detenido a las puertas de Valencia, los jefes militares de la zona centro republicana no pararon de solicitar del gobierno catalán una acción diversiva que les permitiera un respiro. Otro aspecto a tener en cuenta eran las continuas derrotas sufridas por el Ejército Popular que habían llevado la moral de sus combatientes a sus niveles más bajos. Se decía que si se dejaba la iniciativa a los nacionales y se tomaba una estrategia defensiva, Cataluña caería aún más rápido.

Por tanto, el día 12 de julio de 1938, el jefe de gobierno, Juan Negrín, declaró que Valencia caería a menos que se lanzara un ataque diversivo en otro punto. El general Vicente Rojo, Jefe de Estado Mayor, propuso que se lanzara un ataque masivo por el Ebro con el ambicioso (e irreal) objetivo de tratar de unir de nuevo las dos zonas republicanas. Para ello se formó el Ejército del Ebro, compuesto por 80.000 hombres recuperados de unidades desorganizadas durante la ofensiva franquista de Aragón. Parecía increíble que la República, dividida y con un evidente cansancio tras dos años de dura guerra, pudiera estar aún en disposición de tomar la ofensiva. A decir verdad, era una gran temeridad, pues la frontera francesa se encontraba cerrada aquellos días y la República se veía privada de las reservas en armamento que hubieran ampliado el supuesto éxito de la batalla del Ebro.

De todas maneras, la decisión estaba tomada y la noche del 24 al 25 de julio de 1938, los republicanos empezaron a cruzar el Ebro entre las localidades de Mequinenza y Fayón y entre Fayón y Cherta. El paso se hizo con cualquier embarcación que flotara y con la disposición de puentes de pontones. La primera unidad en tomar posiciones en la otra orilla del río fue la 11ª Brigada Internacional. Ante ellos se encontraba una de las divisiones de élite nacional: el Cuerpo de Ejército Marroquí del general Juan Yagüe. Otra acción se realizó más al sur, en Amposta, pero este avance era de importancia secundaria y los republicanos, privados del apoyo artillero y aéreo tuvieron que volver a cruzar el Ebro hacia sus posiciones dejando en la otra orilla gran cantidad de muertos y mucho material.

Río arriba, los republicanos seguían avanzando entre Fayón y Cherta; el 5º Cuerpo de Ejército de Enrique Líster avanzó 40 kms, deteniéndose en las inmediaciones del pueblo de Gandesa. Entre Mequinenza y Fayón, la República avanzó 5 kms. La sorpresa era total y alrededor de 4.000 soldados nacionales fueron hechos prisioneros, incluso jefes de Estado Mayor. Pronto Gandesa se convirtió en la clave de la batalla. Desde el 27 de julio al 2 de agosto, Líster atacó la ciudad pero sin conseguir tomarla. El avance republicano quedó contenido y la estrategia se tornó defensiva. En sólo dos días, la República había conquistado todo el terreno que ahora se proponía defender. Pero fallos técnicos había impedido aprovechar la sorpresa total. Los solda-

dos, una vez cruzado el río, habían tenido que avanzar a pie pues tanto los camiones como los tanques debían usar puentes más lentos de construir. Además, el dominio aéreo se esfumó con la misma rapidez con la que Franco y su Estado Mayor enviaron a la batalla la Legión Cóndor alemana.



Infantería republicana al ataque una vez vadeado el río Ebro con éxito

Pese a todo, las fuerzas republicanas se aferraron al terreno que habían conquistado. Las consignas "vigilancia, fortificación, resistencia" fueron repetidas constantemente durante las siguientes semanas. Se fusilaba a los hombres u oficiales que se retiraban, tal y como el comunista Enrique Lister recordaba:

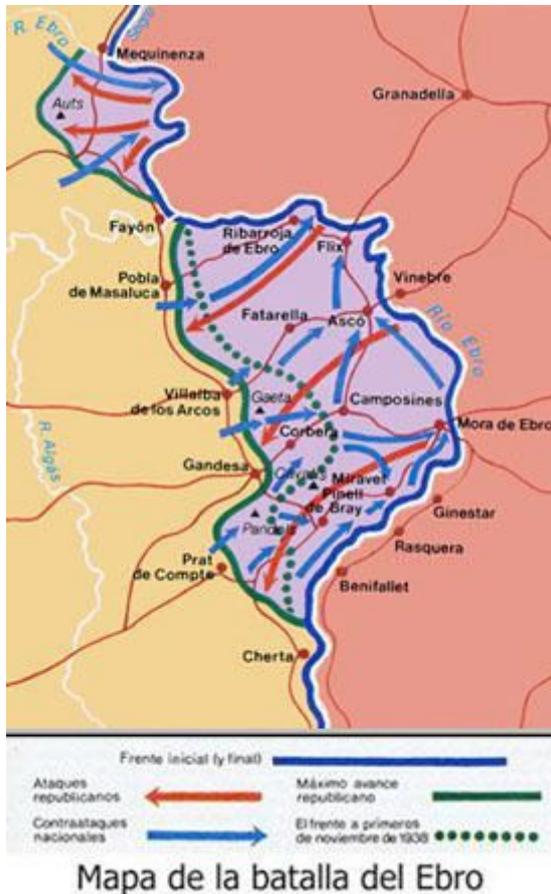
"Quien pierda un solo palmo de terreno - llegó a decir Lister - debe reconquistarlo al frente de sus hombres o se verá ante el pelotón de fusilamiento".



Soldados nacionales transportando abastecimientos en el sector clave de Gandesa en agosto de 1938

En el bando nacional, una vez pasada la sorpresa, Franco hizo caso omiso de las recomendaciones de algunos de sus generales. Querían que dejara que los republicanos penetraran profundamente en sus líneas en vista a un ataque más al norte por Lleida que aislara completamente sus fuerzas. En vez de eso, resolvió atacar el frente del Ebro de manera frontal, reconquistando el terreno perdido. Probablemente se trataba de un error porque la zona de Lleida se encontraba débilmente defendida por la República que ya había empeñado todas sus reservas en

el sector del Ebro. Sea como fuere, la verdad es que a pesar de no ser la mejor solución era también efectiva porque la superioridad aérea y material del Ejército nacional les permitía atacar frontalmente y así destruir de manera completa las unidades republicanas, aunque el precio pagado fuera mayor.



Por tanto, el 6 de agosto se realizó el primer contraataque nacional que tuvo como resultado la reconquista de la bolsa republicana entre Mequinzenza y Fayón. El 11 de agosto, se atacó las elevaciones de la Sierra de Pándols, al sur de la bolsa entre Fayón y Cherta. El 19, Yagüe lanzó a sus fuerzas en dirección norte a la Sierra de Fatarella y el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo (general García Valiño) atacó en dirección a la Sierra de Cavalls. De esta forma y progresivamente en las siguientes seis semanas, la República se vio obligada a ceder 200 kms cuadrados de terreno. La batalla que se libró durante esos días fue durísima. Cada día los cazas y bombarderos nacionales despegaban para bombardear impunemente. Los cazas republicanos rusos estaban en completa inferioridad numérica y material ante los modernísimos "Messerschmitt Bf 109" de la aviación nacional. Todos los puentes tendidos por los republicanos sobre el Ebro para el paso de sus fuerzas eran bombardeados a diario pero los ingenieros los reponían con la misma tenacidad. La República había perdido el dominio del aire con lo que quedaba desvirtuada la ventaja de poseer las elevaciones del terreno.

El 30 de octubre, dio comienzo la contraofensiva final. El Cuerpo de Ejército del Maestrazgo conquistó la sierra de Cavalls. Más al sur, el 2 de noviembre, se atacó la Sierra de Pándols, y el día 4, ya habían sido ocupada. El día 7, caía Mora de Ebro lo que significaba que el flanco derecho nacional ya había alcanzado el Ebro. El responsable de las operaciones republicanas en la batalla, teniente coronel Juan Modesto, decidió que la batalla estaba perdida y ordenó a sus unidades que cruzaran de nuevo el río en sentido contrario. Por el centro, el pueblo de Fatarella cayó el 14 de noviembre. El día 16, el puente de hierro de Flix fue volado, y al norte, el día 18, Yagüe entraba en Ribarroja de Ebro, última cabeza de puente de los republicanos. La batalla del Ebro había terminado.

Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre el número de bajas sufridas durante la batalla pero se cree que fueron alrededor de unas 50.000 o 60.000 en cada bando pero con 4.500 muertos en el bando nacional y entre 10.000 y 15.000 en el republicano. Ambos ejércitos perdieron gran cantidad de aviones pero mientras Franco podía reponer rápidamente sus pérdidas gracias a la ayuda italiana y alemana, la República perdió entre 130 y 150 aparatos que ya no podía reponer.

Al terminar la batalla, la moral del Ejército nacional se había elevado nuevamente. Contribuían a sostenerla la prensa, la radio y las campañas propagandísticas. Además, sus fuerzas estaban alcanzando un nivel de eficacia que la República no llegaba ni siquiera a acariciar. Por el lado

republicano, la afortunada evacuación del Ebro permitió disimular las pérdidas. Les quedaba el consuelo de que, durante la batalla, habían perdido en cuatro meses el terreno que habían conquistado por sorpresa en sólo dos días. Pese a todo, lo cierto era que el Ejército del Ebro había quedado totalmente destruido como fuerza de combate operativa. Los nacionales, por contra, repusieron completamente sus pérdidas mucho antes de lo que hubieran podido imaginarse los republicanos. La batalla del Ebro había decidido de antemano la suerte de Cataluña.

LA OCUPACIÓN DE CATALUÑA

La ocupación de Cataluña fue el golpe decisivo para la República Española que, muy limitada en recursos desde el desgaste producido en el Ebro, no estaba ya en condiciones ni de plantear una nueva ofensiva que alargara la guerra ni de resistir al avance que los nacionales iniciaron sobre ella a finales de 1938.

El invierno de 1938 se presentaba con muy malos presagios para la República. La ofensiva del Ebro había terminado en desastre, su moral había caído por los suelos y para mal de muchos, Franco se preparaba para lanzarse a la conquista de Cataluña dando así un golpe mortal a la resistencia republicana. Las mejores divisiones nacionales fueron desplegadas en la línea del frente que rodeaba completamente la región. Este vasto ejército contaba con alrededor de 300.000 hombres con gran experiencia en combate y con medios terrestres y aéreos en grandes cantidades. Frente a ellos, quedaban unos 240.000 republicanos prácticamente desarmados y deseando que la guerra terminara para poder salvar al menos sus vidas.



En la foto el general Franco dirigiendo la ofensiva final sobre territorio catalán

Franco instaló su cuartel general a unos 30 kms al noroeste de Zaragoza y fijó la ofensiva para el 23 de diciembre de 1938. Ese día, el frente quedó roto en el río Segre durante el primer enfrentamiento. En Barcelona se tomaron medidas extremas enviándose al 5º Cuerpo de Ejército de Líster reconstituido para taponar las brechas. Líster consiguió detener el avance nacional durante quince días pero el 3 de enero, ante un ataque blindado de fuerzas italianas, se vio obligado a retroceder y el 4, cayó Borjas Blancas, con lo que el frente en el sur de Cataluña quedaba abierto y la retirada se convirtió en una desbandada. El general Vicente Rojo trató de enviar por mar unidades de refresco desde Valencia pero ya era demasiado tarde. Las líneas de defensa que se creaban estaban semidesguarnecidas y eran fácilmente rebasables. Avanzando por la costa, el Cuerpo de Ejército Marroquí de Juan Yagüe conquistó Tarragona el 14 de enero.

El gobierno francés, ante la nueva situación, decidió abrir oficialmente la frontera para permitir la entrada en Cataluña de parte del nuevo material de guerra ruso amontonado allí desde el verano pasado. Barcelona era una ciudad en pánico. Estaba abarrotada de refugiados y cundía la desesperación. Soldados, burgueses y anarquistas sólo pensaban en el medio más adecuado para huir a Francia. Las incursiones aéreas eran constantes. El presidente de la República, Manuel Azaña, escribió en su diario: "Enorme desastre. Ha desaparecido el ejército. Los del Ebro, casi sin combatir. Peor que lo de abril".

El día 24, las fuerzas nacionales alcanzaron el río Llobregat en las inmediaciones de Barcelona. El gobierno republicano tuvo que huir, como ya había hecho en 1936 en Madrid, a Gerona ante el sitio de Barcelona. En la capital catalana, algunos pensaban que se podría revivir "otro Ma-

drid" pero la situación en 1939 era muy distinta de la de 1936 cuando la guerra no había hecho más que empezar. Ahora Barcelona habían sufrido casi tres años de privaciones, hambre, represión, bombardeos y estaba abarrotada de refugiados desmoralizados que habían huido de la guerra anteriormente. Pese a todo, algunos comunistas trataron de resistir levantando algunas barricadas pero pronto se vio que toda resistencia era inútil y tuvieron que abandonar precipitadamente sus posiciones. El día 26 de enero, a mediodía, se procedió a la ocupación de Barcelona. Los tanques nacionales desfilaron por la Diagonal ante la nula resistencia republicana. Todo el que podía salía de Barcelona en dirección a la frontera francesa. Por contra, otros ciudadanos salieron a la calle con motivos bien distintos, celebrando la ocupación; eran aquellos que habían simpatizado desde el principio con la causa nacional pero habían quedado atrapados en la Barcelona republicana.



Tras la ocupación de Barcelona el brazo en alto se convierte en el saludo más característico



Aspecto realmente caótico de uno de los puestos fronterizos, epílogo de una larga guerra que acaba en derrota para muchos

La ocupación significó la derogación de la autonomía catalana. Quedó prohibido cualquier símbolo que oliera a catalanidad como el baile nacional catalán, la "sardana"; también la lengua catalana. A partir de ahora, Cataluña hablaría la "lengua del Imperio".

El éxodo de población desde la capital catalana fue el más terrible de la guerra. Daba la impresión de que toda la población de Cataluña se había puesto en marcha hacia la frontera francesa. Todas las carreteras que llevaban a la frontera estaban completamente abarrotadas de gentes en coches, camiones, pero fundamentalmente de gentes que caminaban a pie. Toda esta situación no pasó desapercibida para el gobierno francés; aunque inicialmente quiso habilitar una zona neutral en territorio español donde los refugiados se mantuvieran bajo control extranjero, cosa que Franco desechó completamente. Entonces no tuvieron más remedio que abrir la frontera en la noche del 27 de enero. El día 28 pasaron a Francia 15.000 personas y la cifra fue en aumento durante los siguientes días. A partir de febrero, llegaron a las fronteras multitud de soldados de Ejército Popular, unos 120.000 hombres a los que los franceses les ordenaron que abandonaran sus armas si querían ser acogidos en Francia.

Los refugiados, fueran soldados o civiles, tenían un aspecto patético. Estaban cansados, hambrientos y muchos padecían casos de congelación tras haber recorrido los Pirineos en un mes tan gélido como era enero de 1939. Los franceses, completamente desbordados, abrieron una serie de campos de concentración para refugiados en las localidades de Argelès-sur-Mer, Saint Cyprien, Barcarès y otros. Algunos de estos campos eran en realidad una zona arenosa de la costa cercada por alambre de espino y con el mar de barrera natural a su espalda. En estas precarias condiciones, los refugiados se vieron obligados a escavar agujeros en la arena para protegerse del frío intenso, y no habían las condiciones elementales de suministro de agua, alimentos ni mucho menos de material sanitario. Se criticó al gobierno francés por esto pero en su descargo hay que decir que las dificultades de atender a más de 400.000 personas venidas desde España en tan corto espacio de tiempo eran insuperables. El gobierno francés solicitó ayuda a otros países para coordinar los esfuerzos. Aunque recibieron ayuda de Bélgica, Gran Bretaña y la URSS, fue completamente insuficiente para mitigar los sufrimientos de los refugiados españoles.



Guardias, oficiales y soldados, paisanos y heridos, se hacinan entre las alambradas de los campos de concentración franceses para refugiados

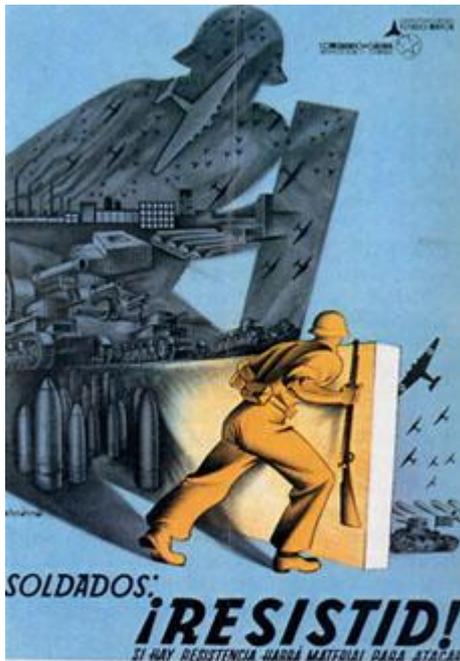
Mientras tanto, la ofensiva nacional continuaba a buen ritmo. Tras la caída de Barcelona, el avance se hizo mucho más rápido. Sólo 10 días después, los nacionales alcanzaron Gerona (el gobierno republicano ya se había trasladado nuevamente a otra localidad, Figueras, antes de cruzar la frontera francesa) que cayó el 5 de febrero. Más al oeste, se llegaba hasta Seo de Urgell. El 8 de febrero, caía Figueras y un día después, los nacionales alcanzaban la frontera

francesa por Le Perthus y Nuria. El día 10, las últimas unidades del Ejército Popular en Cataluña cruzaban la frontera y los nacionales alcanzaron todos los puntos de la misma en Port Bou y Puigcerdá. La ocupación de Cataluña había sido completada. Tras la caída de Cataluña, la opinión mundial sacó la conclusión de que la guerra civil española había terminado. El mismo día de la caída, los nacionales obtuvieron otro triunfo al ganar la isla de Menorca (en poder de los republicanos desde el inicio de la guerra) tras rebelarse contra el gobierno Negrín. En la España central, la última zona republicana, algunos comprendieron que aquel podía ser el modelo de su propia capitulación.

VICTORIA Y DERROTA

La zona republicana, Centro-Levante-Sur, era mucho más extensa que Cataluña y contaba con unas importantes fuerzas militares (500.000 hombres). Pero estratégicamente resultaba muy vulnerable a un ataque combinado y realizado desde tres direcciones distintas. Moralmente, en febrero de 1939 la República había perdido ya la guerra. Físicamente, se perdió un mes después tras la caída prácticamente sin oposición de dicha zona.

La pérdida de Cataluña supuso para la República el aislamiento total de su territorio de la frontera francesa y la pérdida de las industrias, materias primas y alimentos que aportaba al esfuerzo bélico republicano. En la zona aún controlada, faltaba de todo y la inferioridad bélica era cada vez más clara. En Madrid, el general Miaja, el brillante defensor de la ciudad durante 1936, había caído ya en el derrotismo y la desesperación. Entre los componentes de la Junta que



La resistencia es el último argumento del gobierno republicano en la guerra

presidía Miaja se encontraba el coronel Segismundo Casado, comandante en jefe del Ejército del Centro. Tras la caída de Cataluña, Casado empezó a ver claro que la guerra ya estaba perdida y creía que el único impedimento para un tratado de paz honroso con los nacionales eran Negrín y sus principales valedores, los comunistas. Negrín ya había intentado a escondidas de los comunistas llegar a un acuerdo de paz con Franco pero éste siempre se había negado a una paz con condiciones. Casado no podía saber que Negrín buscaba la paz; pensaba que era un títere de las disposiciones de los comunistas y se dispuso a hacer algo para acabar con su poder.

Pronto encontró aliados a su búsqueda de una paz negociada. Por una parte, Julián Besteiro, el socialista con la línea más moderada del partido, hostil a los comunistas y al terror revolucionario. Por otra, llegó a contactar con representantes del ejército como el anarquista Cipriano Mera, jefe del 4º Cuerpo de Ejército. A principios de febrero, Casado ya había establecido contactos con agentes secretos nacionales en vistas a una posible negociación que sólo existía en su mente; aún no sabía que Franco sólo aceptaría

la rendición incondicional. En el Madrid de febrero de 1939, la situación era cercana a la confusión. Los jefes militares parecían querer rendirse y sólo el PCE proseguía en sus consignas de resistencia a ultranza. El día 12, Negrín llegó a Madrid procedente de Francia. Se entrevistó con Casado que le formuló toda una serie de peticiones que debían llevar a la negociación del fin de la guerra. Negrín le respondió que habrían contactos y que no dudaría en eliminar al PCE si fuera necesario, al mismo tiempo le anunció que sería ascendido a general.

Los comunistas de Madrid empezaron a prepararse ante los rumores de una posible traición de los comandantes del Ejército Popular. Negrín trató de calmarles y les espetó a que resistieran cuanto pudieran, argumentando que el estallido de la guerra mundial estaba cerca y que una vez

iniciada ésta, las democracias acudirían en ayuda de la República. Pero sus palabras resultaban ambiguas sobre todo después de que decidiera trasladar la sede de su gobierno a la alicantina ciudad de Elda, que ofrecía la posibilidad de un rápido abandono del país. También el PCE instaló su cuartel general en Elche, población cercana a la costa de Alicante. La situación en Madrid era realmente terrible lo que aumentaba los deseos de Casado de poner fin a una resistencia inútil. Pero seguía ciego a las posiciones de Franco, que el 13 de febrero, promulgó un decreto que condenaba a cárcel a cualquiera que hubiera resistido al Ejército desde el 1 de octubre de 1934 hasta el 18 de julio de 1936, y desde entonces, al glorioso Movimiento nacional. Ello suponía otorgar penas incluso a aquellos que hubieran participado simplemente en el levantamiento asturiano de 1934. Los republicanos temían las represalias de sus enemigos. Tal vez por ello, se alargó la guerra ante la falta de garantías de seguridad personal. El 18 de febrero, Franco declaró ante sus partidarios que no aceptaría una paz condicionada, ni siquiera si esta venía a propuesta de Francia o Gran Bretaña.



En la foto Franco acompañado de algunos miembros de su gobierno, en febrero de 1939 promulgó un duro decreto sobre actividades subversivas

Finalmente, el 26 de febrero, se produjo el triunfo de Franco en la esfera internacional. Franceses y británicos se avinieron a reconocer al gobierno nacional. Fue el último golpe que pudo soportar la República porque esto significaba que el gobierno de Juan Negrín había perdido todo su poder, al menos internacionalmente hablando. El reconocimiento oficial de Francia y Gran Bretaña se produjo al día siguiente y dio pie a fuertes protestas en Francia y a acusaciones muy graves en el Parlamento británico a la labor del gobierno conservador de su primer ministro Neville Chamberlain. El diputado laborista Clement Atlee le condenó: -"Vemos en esta acción una grave traición a la democracia, la consumación de dos años y medio de hipócritas ostentaciones de no intervención, acompañadas de una connivencia constante con la agresión. Y este es sólo un paso más en el camino descendente del gobierno de Su Majestad que en cada nueva ocasión ya no vende, sino que regala los intereses permanentes de su país. No hace nada por conseguir la paz o por detener la guerra, sino que se limita a declarar al mundo entero que todo aquel que se decida a emplear la fuerza tendrá un amigo en el primer ministro británico". Pero ahora la mayor parte de los países restantes, excepto la URSS y México, siguieron los pasos de Inglaterra y Francia.

El 28 de febrero el presidente de la República, Manuel Azaña, dimitió. Diego Martínez Barrio, en Francia, le sucedió pero ya no tenía previsto regresar a España. El 2 de marzo, en Elda, Negrín trató de sobreponerse a toda esta sucesión de hechos pero en Madrid, Casado seguía conspirando. El 5 de marzo culminaron los últimos preparativos para la conspiración. Pero los primeros acontecimientos no sucedieron en la capital sino en la base naval de Cartagena. El reciente nombramiento del comunista Francisco Galán como jefe de la base fue el detonante de la revuelta anticomunista. Muchos se oponían a este nombramiento y salieron a la calle a protestar. Entonces, una quinta columna de falangistas escondidos en la ciudad salieron a la calle y trataron de dominar la base. Para evitar la captura de la flota republicana en el puerto, todos los buques salieron a alta mar. La falta de refuerzos puso a los partidarios de la rendición ante los nacionales en una complicada posición, sobre todo cuando algunas unidades comunistas enviadas por el gobierno empezaron a sofocar el levantamiento. Pero la flota republicana ya no volvió a su base y se internó en el puerto francés de Bizerta donde quedó confinada. La República perdió así sus tres cruceros, ocho destructores y otras unidades menores.



El coronel Segismundo Casado (en el centro) se convierte en el principal protagonista de la última fase de la guerra. Su golpe de estado abrió las puertas a la negociación con Franco.

En Madrid, mientras tanto, Casado creó un nuevo Consejo Nacional con Julián Besteiro y una mezcla de socialistas, anarquistas y republicanos contrarios al predominio comunista. Este Consejo radió un mensaje la noche del 5 de marzo que hizo hincapié en la necesidad de negociar la paz. Negrín, que se encontraba en Elda, tuvo noticia de los hechos y pidió comunicación directa con Casado. La escena que se desarrolló por teléfono selló definitivamente la suerte de Negrín y de la República:

-¿Que ocurre en Madrid, mi general?- preguntó Negrín. -"Me he sublevado"- le respondió Casado. -¿Que se ha sublevado?, ¿contra quién? ¿contra mí?- "Sí, contra usted y no soy ningún general, sólo un coronel que pretende cumplir con su deber"- . -"Entonces, considérese usted relevado del mando"- concluyó Negrín.

La sublevación del coronel Casado dejó a Negrín desconcertado, ya no se veía con fuerzas para tratar de prolongar la resistencia de una República totalmente dividida. La única alternativa era emplear la fuerza, ordenando a las divisiones comunistas que defendían el frente de Madrid que realizaran un movimiento hacia el interior y se enfrentaran a los partidarios de Casado. De nuevo las divisiones políticas en el seno de la España republicana, como ya ocurriera en mayo de 1937 en Barcelona, eran motivo de una guerra civil en la retaguardia. Negrín trataba de evitar el conflicto pero los comunistas sólo tenían la solución de la lucha armada aunque ahora se

habían quedado solos en sus acciones. Negrín y los más importantes dirigentes del PCE dieron a España por perdida y decidieron no resistir al golpe de Casado a pesar de que los comunistas de Madrid empezaron una violenta lucha callejera con los "casadistas". El día 8 de marzo, desde el aeropuerto de Monóvar, cercano a Elda, Negrín y los dirigentes del PCE abandonaron el país en avión.

En Madrid, las divisiones comunistas siguieron combatiendo; no querían creer que sus dirigentes les hubieran abandonado. La mayor parte del centro de Madrid ya lo habían controlado. A finales de ese día, los comunistas tenían tan dominada la situación que podrían haber dictado sus condiciones. Pero abandonados a su suerte por sus dirigentes, se quedaron sin saber qué hacer. Por tanto, a partir del 11 de marzo, los comunistas empezaron a quedar aislados y muchos de sus componentes se pasaron a las filas de Casado. Así concluyó esa guerra civil surgida dentro de la guerra civil que arrojó un balance de unos 250 muertos y 560 heridos. Los comunistas volvieron a sus posiciones del frente que ocupaban el 2 de marzo a cambio de que no hubieran represalias.



Fuerzas del recién constituido Consejo de Defensa ante el edificio de los nuevos ministerios, último reducto de los comunistas en Madrid

Una vez con el poder en sus manos, el Consejo de Defensa de Casado reanudó sus negociaciones con Burgos. Franco siguió ofreciendo las mismas perspectivas. Rendición incondicional de los cinco ejércitos republicanos de Levante, Extremadura, Andalucía y Madrid. A partir del 19 de marzo, aceptó entablar negociaciones. El 23 marzo, representantes de Casado llegaron a Burgos y allí se les comunicó las condiciones del acuerdo de rendición. En dos días, la aviación republicana debería entregarse; el 27, habría un alto el fuego en todos los frentes; los jefes militares alzarían la bandera blanca y depondrían las armas. Los representantes de Casado trataron de obtener algo más de tiempo, alrededor de 25 días, para cumplir estas exigencias, pero obtuvieron una negativa rotunda por respuesta. Así terminó el malogrado intento de Casado de conseguir una paz más honrosa de la que hubiera obtenido jamás Negrín. Había subestimado los odios que la guerra civil había generado y que le habían llevado a pensar que la paz podría firmarse en un tono reconciliador. Pero la venganza era lo único que Franco había tenido desde el principio en mente.

Fue irónico además comprobar que si la República hubiera resistido dos semanas más al golpe de Casado, su situación internacional podría haberse modificado. Efectivamente, el 15 de marzo de 1939, Hitler invadió de manera definitiva Checoslovaquia ignorando los acuerdos de Munich firmado con Gran Bretaña y Francia en septiembre de 1938. El primer ministro británico,

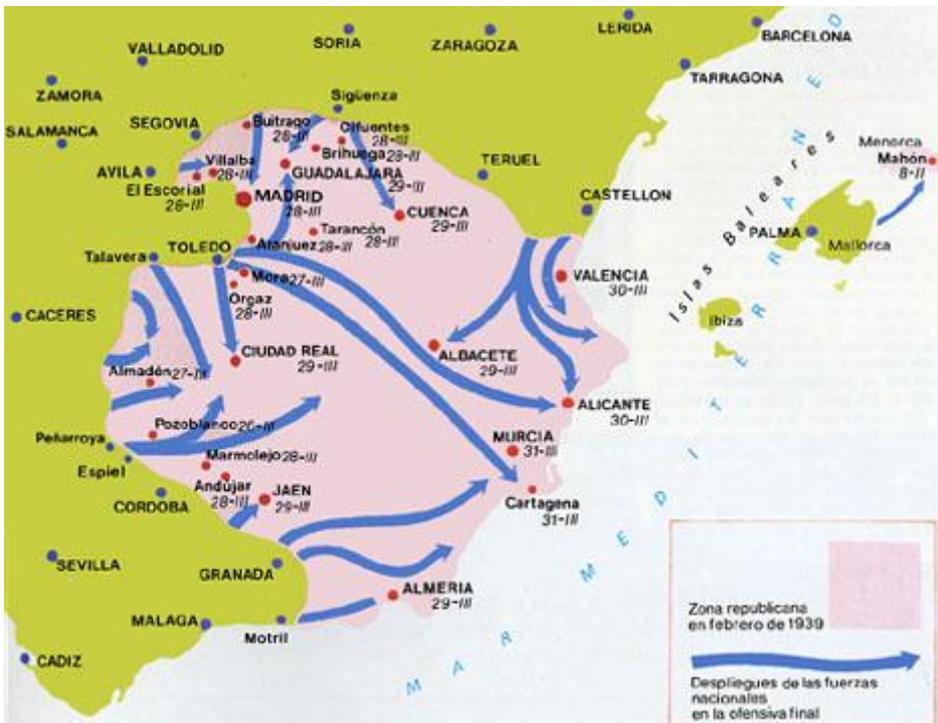
Neville Chamberlain, abrió por fin los ojos y ofreció a Polonia garantías de que una acción alemana en su país llevaría a un "casus belli". La opción podría haberse hecho aplicable a la República española pero este gobierno ya sólo existía nominalmente y a partir de ahora, las democracias europeas debían tratar con la España de Franco.



Julián Besteiro

El 27 de marzo de 1939, Franco dio orden a sus ejércitos que iniciaran la ofensiva por la victoria. Ante el hecho consumado, Casado sólo pudo ordenar que sus fuerzas izaran la bandera blanca al paso de las tropas nacionales. A lo largo de ese día fueron capturados 2.000 kms. cuadrados de terreno y 30.000 prisioneros. La autodestrucción del ejército republicano fue automática: los soldados abandonaron sus posiciones y equipo y volvieron a sus casas. Desde Sierra Morena, cayó Pozoblanco; desde Toledo, se avanzó hacia el Mediterráneo; y desde Extremadura, hacia Ciudad Real. El Ejército del Centro se había desintegrado. El 28 de marzo se avanzó sobre Guadalajara por el norte y el sur, y después, los frentes que defendían Madrid quedaron abiertos. A mediodía, el 1º Ejército nacional entró en Madrid y ocupó los edificios gubernamentales sin resistencia. Allí encontraron a Julián Besteiro, el socialista más visible de la Junta de

Defensa, que se había negado a abandonar Madrid y que fue inmediatamente encarcelado. Moriría sólo un año más tarde en la prisión de Carmona. El coronel Casado, por el contrario, abandonó la capital y se dirigió a Valencia. Ya sabía que Franco no guardaba ninguna clemencia con los vencidos. Allí trató de obtener la ayuda de buques británicos ante la tragedia que se avecinaba.



Mapa de operaciones de la última ofensiva franquista de la guerra

Las ciudades costeras de la zona mediterránea republicana se convirtieron en las líneas de salida de todos los refugiados que huían de las represalias. Se necesitaban barcos para evacuar a

alrededor de 50.000 republicanos que querían abandonar el país por localidades como Valencia, Alicante, Gandía, Cartagena y Almería. Pero no encontraron la colaboración necesaria de los británicos; la pérdida de la flota republicana en los hechos de Cartagena, que podía haber ayudado con sus buques a la evacuación, era ahora una cruel ironía del destino.

El 29 de marzo, cayeron Cuenca, Ciudad Real, Albacete, Jaén y Almería en manos nacionales. En Valencia, Casado recibió la visita de los quintacolumnistas que le exigieron que les entregara el control de la ciudad, a lo que no se opuso, permitiéndosele abandonar la capital valenciana y trasladarse a Gandía donde embarcó en un buque británico rumbo al exilio. Valencia cayó definitivamente al día siguiente. Ese día, 30 de marzo, se produjo la última tragedia para los refugiados republicanos que se agolpaban en los puertos mediterráneos. En el puerto de Alicante, el último barco en salir de allí con alrededor de 500 refugiados fue el británico "Stanbrook". Atrás quedaban en el puerto unos 20.000 republicanos que esperaron en vano otros barcos. A media tarde, los italianos encuadrados en el ejército nacional llegaron a Alicante y tomaron todas las alturas que rodeaban la ciudad.



El "Stanbrook" fue el último barco en salir del puerto de Alicante con refugiados republicanos rumbo al exilio

Todos los republicanos que no pudieron embarcar fueron detenidos al día siguiente y llevados a campos de concentración creados al efecto, como los que se hicieron tristemente famosos en Albaterra y Formentera del Segura. El 31 de marzo, a media tarde, cayeron las últimas localidades republicanas: Murcia y Cartagena. El 1 de abril de 1939, se produjo el último parte militar; la guerra civil española había terminado. Pero empezaba la represión y el exilio para muchos. Sus efectos perdurarían durante años en la sociedad española y aún hoy en día, la polémica de la guerra civil sigue abierta.

EVOLUCIÓN POLÍTICA REPUBLICANA 1938-39

El año de 1938 se abrió en la zona republicana con una nueva crisis política. La victoriosa ofensiva nacional del frente de Aragón y el avance hacia el mar por el Maestrazgo provocó la caída de Indalecio Prieto de la cartera de Defensa acusado de derrotista por los comunistas. Cada vez estaba más claro que no era posible prescindir del Partido Comunista porque la España republicana sólo contaba con la ayuda de la Unión Soviética y tal medida hubiera significado un colapso militar.



Juan Negrín

A principios de 1938, la República, que durante la segunda mitad de 1937 había conocido la derrota en todas las ofensivas planteadas para evitar la pérdida del norte, obtuvo una más en el frente de Teruel. La ofensiva franquista sobre la capital turolense reconquistó la ciudad para los nacionales y llevó a la República a una incierta situación militar que se demostraría pésima a partir de marzo. Además había visto cómo a finales de enero, la frontera francesa se cerraba al paso del material que sostenía a la República en guerra. Por ello, ante la nueva ofensiva general planteada por el Ejército nacional en marzo, sobre todo en el frente de Aragón, el jefe de gobierno, Juan Negrín, trató de obtener de Francia el apoyo necesario para reabrir la frontera.

La situación en la retaguardia republicana tampoco era todo lo buena que cabía esperar. Monopolizada por el PCE, pronto se convirtió en una zona de odios y miedos bajo la sombra del SIM (Servicio de Investigación Militar) creado en agosto de 1937 y que en pocos meses contó con alrededor de 6.000 agentes secretos. La organización fue cayendo progresivamente en control de los comunistas, siendo sus locales, llamados "checas" e instalados en casas particulares y conventos, acondicionados con los más sofisticados métodos de represión y tortura, no sólo de los prisioneros nacionales sino de todos aquellos republicanos que discrepaban la política comunista de guerra.

El 16 de marzo, Negrín volvió de Francia y convocó una reunión ministerial que debía sentar las bases en la búsqueda de una mediación para poner fin a la guerra. Uno de sus más fervientes partidarios era Indalecio Prieto, el socialista que ostentaba la cartera de Defensa. Prieto era pesimista ante el resultado final de la guerra y ello le había llevado a choques frecuentes con los comunistas, partidarios de la resistencia hasta el límite. Ese día se produjo una manifestación auspiciada por el PCE que pedía la destitución de Prieto y tuvo que ser Negrín el que, ante Dolores Ubárruri, les asegurara que la guerra continuaría. Prieto diría después que Negrín había montado la manifestación para que abandonara más fácilmente el cargo pero Negrín se encontraba atado entre sus deseos de una paz negociada y el de no tratar de perder el apoyo del entonces principal partido político de España, garante de la ayuda de la Unión Soviética. Ante esto, decidió que había que ofrecer una política de resistencia a ultranza. El 29 de marzo, Prieto dimitió como ministro de Defensa.

Sin embargo, también los comunistas se encontraban en problemas. Desde Moscú, Stalin pretendió que los comunistas dejaran el poder en la España republicana. Los miembros del PCE replicaron si quería que la República perdiera la guerra. Desde Moscú se replicó que Stalin trataba de atraerse a su causa (la lucha contra el fascismo internacional) a Gran Bretaña y Francia o al menos a su opinión pública demostrando que no le interesaba ver una república

comunista en España. Pero los comunistas españoles no se avinieron a ello. Entretanto el gabinete de Juan Negrín, ya sin Prieto, fue reformado. Los anarquistas decidieron apoyarlo a pesar de que ya luchaban sin ningún entusiasmo, conscientes de que sus ideales revolucionarios habían sido enterrados por los comunistas. Pero la situación militar se estaba tornando peligrosa y era necesario un gobierno de concentración. La República había quedado dividida en dos zonas y con los restos de las fuerzas derrotadas en Aragón, Negrín logró formar un nuevo ejército, el Ejército del Este que defendería Cataluña e incluso estaría preparado para la ofensiva como ya veremos.

Pero no se llegaba a la necesaria colaboración entre el gobierno catalán y el central para coordinar esos esfuerzos. A pesar de que los nacionales ya tenían el pie puesto en territorio catalán, la Generalitat catalana no recibía información relativa al curso de la guerra desde Madrid. En medio de este clima de división, Negrín trató, al menos internacionalmente hablando, de demostrar que buscaba la paz sin rencores. El 1 de mayo de 1938, día del trabajador, leyó una declaración de 13 puntos en los que exponía los objetivos bélicos de su gobierno. Ninguno de esos puntos tenían la menor posibilidad de ser si quiera tenido en cuenta por Franco; el Generalísimo exigía la rendición incondicional y no cejaría en su empeño hasta conseguirla. Negrín sabía que Franco no transigiría, por ello puso todas las esperanzas en que una política de resistencia a ultranza en espera del estallido de una guerra europea era lo único que podía salvar a una República cada día más débil y aislada.

LOS 13 PUNTOS DE NEGRÍN	
1.	La independencia de España
2.	Liberarla de militares extranjeros invasores
3.	República democrática con un gobierno de plena autoridad
4.	Plebiscito para determinar la estructura jurídica y social de la República Española
5.	Libertades regionales sin menoscabo de la unidad española
6.	Conciencia ciudadana garantizada por el Estado
7.	Garantía de la propiedad legítima y protección al elemento productor
8.	Democracia campesina y liquidación de la propiedad semifeudal
9.	Legislación social que garantice los derechos del trabajador
10.	Mejoramiento cultural, físico y moral de la raza
11.	Ejército al servicio de la Nación, estando libre de tendencias y partidos
12.	Renuncia a la guerra como instrumento de política nacional
13.	Amplia amnistía para los españoles que quieran reconstruir y engrandecer España



Lluís Companys

Para ello, puso sus esperanzas nuevamente en el terreno militar. En el verano de 1938, ante la constante presión del Ejército nacional en dirección a Valencia, el Ejército Popular lanzó su mayor ofensiva en el río Ebro. La batalla pretendía obtener el precioso tiempo que Negrín desesperadamente necesitaba en vistas a que estallara definitivamente la lucha a nivel europeo entre democracia y fascismo. La ofensiva partiría desde Cataluña con el Ejército del Este recientemente constituido a pesar de que las relaciones con la Generalitat catalana eran prácticamente nulas. Para coordinar los esfuerzos en la nueva ofensiva, Negrín se avino a visitar al presidente Lluís Companys, manifestándole que estaba cansado de la falta de cooperación de Cataluña en la guerra y que pretendía dimitir. Companys, asustado, le indicó de que no lo hiciera y le dijo que procuraría estable-

cer una relación más estable entre Generalitat y gobierno central. Con ello, la autonomía catalana quedaba prácticamente anulada por Negrín y los comunistas.

Se ha demonizado frecuentemente a Negrín por su "pacto de sangre" con los comunistas. Pero lo cierto era que a Negrín no le quedaba otra alternativa si quería prolongar el sistema republicano en España. Sus esfuerzos por conseguir una paz negociada (a espaldas de los comunistas) habían resultado infructuosos. No quedaba más remedio que apoyarse en el PCE y resistir tanto tiempo como fuera posible.

La mediación internacional frente al conflicto español se estaba demostrando poco eficaz por no decir inútil. Los británicos propusieron una retirada general de voluntarios en los dos bandos. En la asamblea general de la Sociedad de Naciones en Ginebra, el caso español quedó nuevamente sin resolver. Pero las constantes reivindicaciones territoriales de Hitler estaban llevando a una peligrosa situación internacional que parecía abrir la puerta de la esperanza para Negrín y la República. El conflicto diplomático se inició por la cuestión de los Sudetes (zona fronteriza de habla alemana en poder de Checoslovaquia) que Hitler reclamaba fuera reintegrada a la nación alemana. Los checoslovacos se resistieron a esa imposición y se hubo de convocar una Conferencia internacional en Munich en septiembre de 1938 que decidiera la cuestión. Durante la misma, Gran Bretaña y Francia creyeron salvada la guerra pactando con Hitler la cesión de la zona como última reivindicación territorial alemana. La guerra pues, quedó temporalmente aplazada. Pero para la República española, embarcada en ese momento en la durísima batalla del Ebro, aquello significó una completa derrota a nivel internacional. Ahora ya era seguro que las democracias no apoyarían la intervención en el conflicto español durante al menos un año, tiempo que una República al borde del desastre no podía pagar.



La conferencia de Munich de septiembre de 1938 elimina la esperanza de que la guerra civil española se internacionalice

Además, el resultado de Munich aisló aún más a la Unión Soviética de Gran Bretaña y Francia. Stalin cambió entonces de objetivo; no puso reparos a la retirada de los voluntarios extranjeros de España y empezó a tomar en serio la posibilidad de pactar con las potencias fascistas europeas. En octubre se formalizaron los aspectos de la retirada de voluntarios. Cuando ésta se produjo, la batalla del Ebro aún seguía su curso implacablemente. El 22 de septiembre, la 15ª Brigada Internacional fue la última unidad de voluntarios extranjeros en abandonar el frente en España. Un mes después, en Barcelona, el 28 de octubre de 1938, se celebró un desfile de despedida de las brigadas. Durante el mismo, Negrín y Dolores Ubárruri "La Pasionaria" pronunciaron palabras de gratitud.: - "Estos hombres vinieron a nuestro país a luchar por la libertad, lo dejaron todo, sus países, sus familias, sus trabajos, padres, hermanos, mujeres, hijos,

y nos dijeron ¡aquí estamos! ¡vuestra causa es la nuestra! es la causa de toda la humanidad progresista" dijo "La Pasionaria".



Desfile de despeda a los voluntarios extranjeros celebrado en Barcelona

Pero por encima de las manifestaciones de ferviente adhesión a la causa republicana había que atenerse a la cruda realidad. La República había quedado aislada internacionalmente, su Ejército había sido sometido a una tensión extrema y la moral en la retaguardia era bajísima (fundamentalmente por el hambre, los bombardeos indiscriminados y el odioso control comunista. En la zona republicana, escaseaban los alimentos; el bloqueo marítimo, la desorganización económica y la crisis militar hacían posible la aparición del espectro del hambre. La producción industrial había descendido a niveles mínimos, casi un tercio desde el estallido de la guerra, y los precios habían aumentado alrededor de un 300 % respecto al nivel de 1936. Los bombardeos aéreos llevados a cabo por los nacionales impedían el correcto funcionamiento de la industria bélica republicana. Cada día, cada semana, cada mes, cientos de aparatos nacionales bombardeaban las principales ciudades republicanas: Madrid, Barcelona, Valencia, Alicante etc. Además, la división política era motivo de constante fricción entre comunistas, anarquistas y miembros del POUM, muchos de los cuales habían sido juzgados y condenados como espías nacionales a pesar de que había quedado probado la falsedad de las acusaciones y que apoyaban al bando republicano.

La ofensiva nacional iniciada el 23 de diciembre de 1938 para la conquista de Cataluña significó la última fase de descomposición del gobierno republicano. La mayoría de su población quería finalizar la guerra y con ella, su sufrimiento aunque ello significara la postración ante los vencedores. No es pues de extrañar que la ofensiva fuera más un paseo que una acción militar. Una enorme masa de refugiados republicanos partió hacia la frontera francesa que representaba la salvación. Tarragona cayó en manos nacionales el 14 de enero; el 26, fue tomada Barcelona sin ningún esfuerzo. El gobierno republicano se había trasladado a Figueras, población cercana a la frontera francesa. Allí el gobierno celebró su última sesión de Cortes republicanas en suelo español el 1 de febrero. En ella Negrín pronunció un discurso en el que pedía sólo tres condiciones para la paz: garantía de la independencia española, garantía del pueblo español a decidir su propio gobierno y renuncia a las represalias, aunque sabía que Franco no las aceptaría. El 10 de febrero, los nacionales alcanzaron la frontera francesa; Cataluña había caído. Ese mismo día, Negrín llegó a Alicante procedente de Francia para tratar de prolongar la resistencia de la última zona en poder de la República. Pero gran número de dirigentes republicanos no quisieron volver a España, entre ellos Manuel Azaña, presidente de la República.



Refugiados republicanos camino de los campos de concentración franceses una vez cruzada la frontera

El 26 de febrero, Gran Bretaña y Francia reconocieron al gobierno del general Franco. Al día siguiente, todos los países, excepto México y la URSS, lo reconocieron. Manuel Azaña dimitió como presidente republicano. Todos los dirigentes republicanos sabían que la guerra estaba perdida pero Negrín seguían mostrándose favorable a continuar la resistencia. El jefe del Ejército del Centro, coronel Segismundo Casado, estaba ya en relación con Julián Besteiro, relevante personalidad socialista, que se había mantenido al margen de la guerra y no disimulaba su convicción de que debía ponerse fin y llegar a un acuerdo con el enemigo. Consecuencia de la reorganización de los mandos, que se interpretó como un golpe de estado comunista fue el nombramiento del comunista Francisco Galán para la jefatura de la base de Cartagena. Su llegada desencadenó la sublevación. Al mediodía del 5 de marzo, la situación se hizo insostenible para los gubernamentales, que creyéndose acorralados, hacen zarpar a la flota. Pero una brigada comunista trasladada desde Valencia restablece la situación.



Besteiro radiando un parte del Consejo de Defensa en compañía del coronel Casado

Veinticuatro horas después se reúnen en Madrid el coronel Casado, Besteiro y representantes de los demás partidos y organizaciones sindicales. En la madrugada del día 6, se anuncia la constitución del Consejo Nacional de Defensa que asume el poder en la zona republicana. Se ataca a los comunistas y a Negrín y se declara la inconstitucionalidad de su gobierno. Salvo algunos mandos militares que se mantienen de momento a la expectativa y algunos gobernadores y jefes que son depuestos o arrestados, la autoridad del Consejo es acatada. Entretanto, los dirigentes del PCE no toman ninguna decisión eficaz. Durante la mañana del 6 de marzo, Negrín y sus ministros abandonaban el suelo español desde el aeródromo de Monóvar. Pero los comunistas están resueltos a resistir y es al amanecer del día 12 de marzo cuando la batalla entre comunistas y "casadistas" en Madrid puede darse por terminada con la eliminación de la escena política del Partido Comunista.

El Consejo Nacional de Defensa trata de reorganizar la zona pero ante las crueles condiciones formuladas por Franco, los ejércitos republicanos sólo pueden atenerse a la rendición. Burgos acepta recibir a dos emisarios del Consejo sólo para acordar la manera en que ésta va a llevarse a cabo. A partir del 27 de marzo, las tropas nacionales inician la ofensiva por la victoria. Los miembros del Consejo de Defensa parten hacia el exilio desde Gandía en un barco inglés. Besteiro no quiso abandonar Madrid y allí fue encarcelado. Pocos buques consiguieron zarpar con refugiados desde Valencia, Alicante y Cartagena. El día 1 de abril de 1939 se dio por finalizada la guerra con la total derrota republicana.



EVOLUCIÓN POLÍTICA FRANQUISTA 1938-39

El franquismo, a principios de 1938, se fundamentaba básicamente en la figura del Caudillo, persona que "encarna los valores y todos los honores como autor de la era histórica donde España adquiere la posibilidad de realizar su destino y con él, los anhelos del Movimiento. El Caudillo asume la más absoluta autoridad y responde ante Dios y ante la Historia". El enunciado de estos principios formalizaba el nuevo Estado nacional-sindicalista basado en los supuestos de unidad, totalidad y jerarquía.

A principios de 1938, el bando nacional vio posible de manera definitiva la formación de un gobierno que diera a su causa una apariencia cívico-militar. El 1 de febrero de 1938, el general Franco formó su gobierno. Hasta el momento se había contado únicamente con una dirección militar con el general como único detentador del poder decisorio. Ahora sería igual pero apoyándose en un consejo de ministros constituidos de todas las fuerzas políticas que componían el régimen y que teóricamente razonaba cual era la línea política a seguir pero que realmente, se plegaba a las decisiones absolutas de Franco.

Este gobierno estaba compuesto de una mezcla de ministros de corte militar aderezado con algunos civiles de corte monárquico, falangista y carlista. Ninguno de los representantes últimos nombrados habían sido personajes de elevado rango en sus partidos antes de acceder a las carteras ministeriales de este primer gobierno de Franco. El Caudillo ya había eliminado, como vimos, a todos aquellos dirigentes incómodos provenientes de los grupos civiles que le podían haber apartado de su poder absoluto. En este gabinete, el personaje con más influencia era Ramón Serrano Súñer, nombrado ministro de la Gobernación. La ceremonia de institucionalización de este gobierno consistió en prestar juramento al poder absoluto de Franco y a España en el monasterio románico de Las Huelgas: "en el nombre de Dios y sus santos Evangelios, juro cumplir con mi deber como ministro de España con la más estricta fidelidad al jefe del Estado, generalísimo de nuestros gloriosos ejércitos, y a los principios constitutivos del régimen nacional para servir al destino de la Patria" era la frase que se rendía para jurar el cargo.

Uno de los que faltaron a la cita fue el general Queipo de Llano que odiaba a los falangistas y que, al negarse a entrar a formar parte del gobierno, fue perdiendo paulatinamente el dominio que había gozado en el sur de España desde su increíble toma de Sevilla en los primeros días de la guerra civil. Una de las primeras disposiciones de este gobierno fue que los fusilamientos ya no se produjeran "por libre" sino que se establecieron una serie de tribunales militares que juzgaran al acusado antes de ejecutar la sentencia aunque, para los casos que ocupaban, el efecto era prácticamente el mismo.

Entretanto, la población bajo zona nacional se encontraba rodeada de un aura de misticismo y de fe en la lucha por la guerra de liberación que la propaganda se encargaba de enfatizar día a día. Además, los aspectos socio-económicos ayudaban. La moneda franquista no estaba sufriendo la depreciación que acusaba la republicana; los precios, aunque habían subido, no eran aún demasiado elevados y tanto las ciudades como el campo se encontraban perfectamente abastecidos en lo que a productos alimenticios se refiere (recordemos que las principales zonas trigueras y ganaderas de España estaban en manos nacionales). Los órganos que regulaban la producción y distribución de alimentos fueron creados en agosto de 1937 (SNT) y abril de 1938 (SNRET). El primero velaba por el control y distribución de los principales productos, como el trigo. El segundo establecía la compraventa estatal de dichos productos para permitir el control

de los precios. La Iglesia había recuperado su control de antaño sobre la sociedad e incluso lo había ampliado. En la zona nacional, las iglesias estaban abarrotadas de gente que quería escuchar misa y las colectas realizadas para sostener la lucha del frente, a los huérfanos y desvalidos o simplemente como ayuda al sostenimiento del Estado eran de indudable éxito recaudatorio. La enseñanza quedó totalmente establecida bajo cánones religiosos.



La Iglesia se aseguró el apoyo de la población al identificar la guerra civil con una cruzada salvadora

Las mujeres entre 17 y 35 años que no estuvieran al cargo de las tareas del hogar familiar estaban obligadas a afiliarse al servicio social. El certificado que se expedía a todas aquellas que ya hubieran realizado el servicio era imprescindible para todas aquellas mujeres que buscaran y quisieran encontrar empleo. A nivel industrial, se burocratizó todo. Para abrir una nueva fábrica, era necesario el permiso de las autoridades competentes. Todas aquellas fábricas que produjeran bienes de uso exclusivamente bélico quedaron sometidas a control militar. Las industrias de alimentación y textiles quedaron en manos del Sindicato Vertical franquista dirigido por el Estado. Con la adopción de este sistema sindicalista, la producción quedó organizada en ramos en arreglo a las distintas categorías. Ni qué decir que el derecho a la huelga o los convenios colectivos entre empresarios y trabajadores quedaron totalmente prohibidos y penados con la cárcel.



Guardia mora perteneciente a la escolta personal del general Franco. Las tropas marroquíes constituían la columna vertebral del ejército nacional

En el invierno de 1937-38, el Ejército nacional contaba con unos 500.000 hombres reorganizados en divisiones. Estas fuerzas seguían organizadas en tres grupos. El Ejército del Norte, bajo el mando de Fidel Dávila; el del centro, con Andrés Saliquet; y el del sur, con Queipo de Llano. En estas formaciones, había que contar a los 40.000 marroquíes, a un número similar de tropas regulares italianas y a los 5.000 hombres de la Legión Cóndor. El espionaje político y el control de la retaguardia quedaba asegurado con el SIPM (Servicio de Información y Policía Militar) creado en noviembre de 1937 y que a mediados de 1938 contaba con alrededor de 30.000 hombres a su servicio.



Cartel de una de las leyes fundamentales del nuevo Estado nacional-sindicalista de marzo de 1938

A nivel literario se asistió a una renovación de los panegíricos de la España imperial. Sus principales cabezas fueron el escritor falangista Ernesto Giménez Caballero o el poeta José María Pemán. Los lemas "España, una, grande y libre", "Por Dios y por el César", "Por la Patria, el pan y la justicia" se convirtieron en sentencias que debían ser aprendidas por todo aquel que se sintiera verdaderamente "español".

A nivel legislativo, el 7 de marzo de 1938, se promulgó el llamado "Fuero del Trabajo". Se regulaba con este Fuero las condiciones laborales de la zona nacional. Se garantizaba el salario mínimo, seguro social, subsidio familiar y vacaciones pagadas. Se decretaba un aumento de sueldo a los jornaleros y la parcelación de la tierra conforme a las necesidades de las familias campesinas. Pero las nuevas disposiciones no pasaron del intento de aplicarlas. El Fuero del Trabajo había sido copiado básicamente del ya existente en la Italia de Mussolini y tal y como ocurrió en dicho país, la vieja oligarquía terrateniente siguió disfrutando de su ya milenario poder económico ahora más garantizado por un Estado omnipotente. Los únicos artículos del Fuero que sí tuvieron aplicación fueron precisamente los que garantizaban la propiedad privada de los bienes y aquellos que penaban los actos que alterasen la normal producción. Hubo, por tanto, poco interés en prestar atención a todas las leyes del Fuero promulgado.

Hubo, por tanto, poco interés en prestar atención a todas las leyes del Fuero promulgado.

Más resonancia tuvo la promulgación de la Ley de Prensa el 9 de abril de 1938. Se decretaba el control estatal de toda la prensa escrita. El artículo 18 prohibía cualquier medio o soporte de comunicación que atentara contra el régimen u obstaculizara la acción de su gobierno. La reorganización del sistema educativo, que como ya se ha dicho quedaba en manos de la Iglesia, significaba además la depuración de maestros y profesores no afines al régimen y la reordenación en cuatro ramas de la educación: religión, patriotismo, educación cívica y educación física. Todos los nuevos maestros y profesores debían poseer un certificado de buena conducta religiosa, moral, política y social antes del Movimiento y durante el mismo expedido por el párroco de la localidad.

Por lo que respecta a las relaciones del régimen con el exterior, no dejaron de ser buenas a pesar de algunas tensiones. Respecto a los italianos de Mussolini, se habían establecido algunas contrapartidas al envío de material bélico y hombres desde Italia. Se realizaron envíos regulares de acero español a Italia, pese a lo cual, a finales de 1938, la España nacional debía alrededor de 3.000 millones de liras en concepto de todo lo enviado a Franco. Respecto a los aliados alemanes, se acababa de otorgar un nuevo crédito de unos 10 millones de marcos mensuales en concepto de material bélico, exportaciones y dinero en efectivo. A cambio, los alemanes exigieron el total control del mineral de hierro español o en su caso, el de alrededor de 73 minas



Las relaciones de Franco con Hitler y Mussolini fueron generalmente buenas

españolas. Franco no accedió a estas disposiciones pero se vio obligado a permitir que los alemanes se convirtieran en accionistas mayoritarios de unas 5 empresas mineras españolas. También se recibían ayudas desde el país vecino, Portugal, en forma de voluntarios para la lucha y en forma de dinero en metálico a cuenta del estado portugués. Otras ayudas más modestas eran las recibidas desde Hispanoamérica o la proporcionada por el sultán de Marruecos.

Todas estas ayudas, la reorganización de la retaguardia y el manejo efectivo de un ejército poderoso, hacían impensable que la victoria pudiera escapárseles a los nacionales. A partir de marzo de 1938, los ejércitos franquistas lanzaron una ofensiva por Aragón que llevada a cabo con maestría, eficacia y profesionalidad, dejó atónitos y debilitados a los republicanos. Aunque después el optimismo de una victoria antes del final de 1938 se esfumó, la España nacional seguía marcando el

paso firme que les indicaba su Caudillo. Franco nunca quiso oír de una mediación que posibilitara las tablas en la guerra civil; antes hubiera preferido incluso la derrota. La propaganda lanzaba frases como "En nombre del destino de España, de sus héroes y sus mártires, la Patria exige la victoria incondicional de Franco".



Desfile de la Victoria en Madrid

La ofensiva republicana del Ebro provocó un pasajero pesimismo en la España nacional cuando se creía que la victoria estaba cerca. La batalla coincidió con la mayor crisis internacional que Europa soportó desde la aparición y auge del fascismo. Efectivamente, en el verano de 1938 Hitler adujo ante la Sociedad de Naciones que el territorio de los Sudetes (una franja fronteriza checoslovaca poblada de alemanes) le pertenecía. En la Conferencia internacional de Munich de septiembre de 1938, Inglaterra y Francia pactaron con Alemania e Italia la cesión de la zona a cambio del fin de las reivindicaciones de más territorio por parte alemana. Munich representó el triunfo más completo para la España de Franco pues posibilitó la negociación, y por tanto, la cancelación del peligro de guerra europea entre democracia y fascismo cuando la guerra civil española aún no estaba decidida. Franco ya no tenía que preocuparse de la frontera francesa y tenía las manos libres para acabar definitivamente con el "problema" español. Nada más acabar la Conferencia, los alemanes redoblaron los envíos de material bélico a la España nacional pues ya sabían que Inglaterra y Francia no harían

nada de provecho por la República española. La batalla del Ebro se encontraba en aquel momento en su clímax. Pero la balanza ya se inclinaba a favor de los nacionales.

La moral se había elevado de nuevo. Más aún cuando tras el final de la batalla del Ebro en noviembre de 1938, los nacionales sólo necesitaron un mes para montar una ofensiva sobre territorio catalán ante una República totalmente agotada. La ofensiva, lanzada a finales de

diciembre, fue más que una ofensiva, un paseo militar. La superioridad material, en hombres y equipo del Ejército nacional era incontestable ante un extenso frente catalán semidesguarnecido y desmoralizado. En febrero de 1939, los ejércitos nacionales alcanzaron la frontera francesa sobre Cataluña tras su avance por el sur. Cataluña había caído; cada vez quedaba más claro que la guerra sería ganada por los nacionales. El 13 de febrero de 1939, Franco promulgó el decreto que aplicaba penas a todos los culpables de "actividades subversivas" desde el 1 de octubre de 1934 hasta el 18 de julio de 1936 y a todos los que, desde entonces, se hubieran opuesto al Movimiento Nacional. La sublevación del coronel Casado en la zona republicana estaba próxima a estallar, puesto que desde Burgos no se hablaba de otra cosa que de la República depusiera las armas y aceptara la rendición incondicional de Franco. El 27 de febrero se produjo el reconocimiento oficial del gobierno nacional por parte de Gran Bretaña y Francia; un día después, todos los países, excepto Rusia y México, efectuaron ese mismo reconocimiento. Con la sublevación de Casado, se preparó el acto final de la guerra. Las condiciones que puso Franco para la rendición estipulaban la entrega de la aviación republicana y el alto el fuego del ejército de tierra al avance de las tropas nacionales. Además, los jefes militares atravesarían las líneas mostrando banderas blancas. El 27 de marzo se inició el avance sin resistencia sobre la última zona en poder de los republicanos. Seis días después, el 1 de abril de 1939, día que se llamó de la Victoria, habían alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra había terminado con la victoria total de la España nacional.